

EL COJO ILUSTRADO

Año III

1º DE ABRIL DE 1894

Nº 55

PRECIO

SUSCRICIÓN MENSUAL. B. 4
UN NUMERO SUELTO.. . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIOS

J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.
EMPRESA EL COJO—CARACAS—VENEZUELA
DIRECTOR: MANUEL REVENGA

EDICIÓN BIMENSUAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO
CARACAS — VENEZUELA



« LA HADA LA RINDIÓ AL SUEÑO, Y EL PRÍNCIPE LA DESPERTÓ AL CONTACTO DE UN BESO »
Estudio por Alexander Liezen, tomado de un cuento fantástico

SUMARIO

TEXTO.—Hormigas Agrícolas, por el Dr. A. Ernst.—Por la justicia, del Dr. Ricardo Ovidio Limardo.—El News Boy americano.—De Leopardi, á su dama, por Ermelindo Rivoldo.—Faldas? traducido del francés por Miguel Picher.—El amor y las profesiones.—Los Por qué de la señorita Susana, por Emile Desbœux.—Madrilieñas, por Miguel Eduardo Pardo.—NUESTROS GRABADOS.—Actualidades, por Eugenio Méndez y Mendoza.—El Millón del Tío Raclot.—Anuncios.

GRABADOS.—La Hada la rindió al sueño y el príncipe la despertó al contacto de un beso, estudio por Alexander Liezen.—Pbro. Dr. Nicanor Rivero.—De Catedral al Principal en la Avenida Oeste.—Norte de la Plaza Bolívar y principio de la Avenida Oeste.—Interior de la Plaza Bolívar por el Oeste.—Entrada á la Plaza Bolívar por el Suroeste.—Calle Oeste 2 al Sur de la Plaza Bolívar.—Principio de la Avenida Sur al Este de la Plaza Bolívar.—Boulevard del Palacio Federal en la calle Oeste 2.—Boulevard Este del Palacio Federal en la calle Sur 2.—Guillermo Fernández de Arcila.—Ilustraciones á las "Actualidades," por E. Méndez y Mendoza.—Lello Casini, Barítono de la Compañía de ópera italiana.—José María Avelledo.

HORMIGAS "AGRÍCOLAS"

La historia natural de las hormigas sociales presenta varios puntos muy interesantes, los cuales demuestran que estos insectos están dotados de un instinto, ó mejor dicho de una inteligencia superior á la de muchos otros animales de configuración y estructura más perfectos. Me propongo por ahora hablar de uno sólo, que me parece ser el más sorprendente y más extraordinario de todos, y al mismo tiempo el menos conocido.

Los animales se alimentan por lo común de sustancias orgánicas que cogen donde las encuentren, sin cuidarse de ninguna manera de la producción ó crecimiento de ellas, aunque á veces contribuyen de un modo indirecto, y en cierto grado accidental, á que estas sustancias se reproduzcan y se multipliquen de nuevo.

Entre las hormigas sociales empero hay varias especies en las cuales un número de individuos, distintos de los demás en forma y tamaño, se entrega con la mayor diligencia á ciertos trabajos y cuidados que evidentemente no tienen otro objeto sino el muy directo de promover y auxiliar la producción de algún alimento vegetal, en beneficio de la comunidad entera. Por esta razón se las ha llamado hormigas "agrícolas", nombre que sin embargo tiene el inconveniente de ser algo exagerado.

Pertenecen á ellas v. g. varias especies del género *Pogonomyrmex* (como *P. barbatus*, *P. occidentalis*, etc.), descubiertas en Texas por el Dr. Linneceum, y estudiadas y descritas más tarde y con la mayor minuciosidad por Mac Cook. Forman estas hormigas sus nidos ú hormigueros en lugares arenosos, cubiertos de escasa vegetación, en la que predominan ciertas gramíneas, especialmente *Aristida oligantha* y *Buchloe dactyloides*. Las harinosas semillas de ambas especies constituyen el alimento principal de las hormigas, que por eso hacen gran acopio de ellas en sus nidos: en lo cual no hay nada de nuevo, puesto que desde tiempos muy remotos se sabía que otras especies de hormigas tienen la misma práctica, y así lo dijo ya claramente el rey Salomón en sus Proverbios. Mas la industria de las hormigas de Texas no se limita á recoger tan sólo los granos, sino que se extiende también á las plantas productoras, y en efecto se puede observar que cuidan de ellas con solícito esmero, desyerbando el terreno á muchos metros en contorno, de manera que éste presenta el aspecto de un campo sembrado y bien mantenido.

Hay en la fauna de Venezuela por lo menos una especie de hormigas que lleva á sus nidos gran cantidad de frutos de gramíneas. Con el nombre de *cadillo* hubo en la colección del Territorio Guajira, en-

viada á la Exposición del Centenario (1883), una muestra de las semillas de una planta perteneciente á dicha familia, y el señor General Fariás, Gobernador que fué entonces de aquel Territorio, me refirió á mi pregunta lo que sigue: "El *cadillo* es una gramínea que crece en lugares llanos y arenosos; cuando produce las semillas, viene cierta especie de hormigas que las lleva en cantidades considerables á sus nidos subterráneos, y los indios, sabiendo esto, abren más tarde los nidos y se apoderan de los granos en ellos acumulados; de otro modo sería imposible reunir de tan pequeños granos una cantidad suficiente para formar un artículo de alimentación." Sembré algunas de estas semillas, y aunque germinaron casi todas y crecieron un poco, no logré tener plantas con flores y frutos, de manera que nunca pude averiguar á cual género y especie pertenece esta gramínea; sin embargo por el nombre vulgar se puede suponer que sea un *Cenchrus*. No conozco la hormiga, por haber quedado infructuosas hasta ahora todas mis solicitudes para conseguir algunos ejemplares auténticos. Lo cierto es que por sus costumbres es una de las especies cosecheras; si además es "agrícola", sólo podrá decidirse estudiando directamente su modo de vivir en el campo.

Más interesante aún que los casos citados es un descubrimiento que se ha hecho últimamente con respecto á las hormigas conocidas bajo el nombre vulgar de *bachacos*. Pertenecen al género *Oecodoma*, que comprende muchas especies, de las cuales dos son comunísimas en Venezuela, á saber *Oecodoma cephalotes* y *Oec. sexdentata*. Todas construyen formicarios ó bachaqueros grandes, y á esta circunstancia alude el nombre genérico de origen griego, que literalmente significa "el que fabrica casas ó viviendas." El nombre *bachaco* parece que viene de la lengua quechua, en la cual llaman *chacús* las crecidas cantidades de cierta especie de estos insectos, que de vez en cuando aparecen en el Perú.

Cada bachaquero consta de un número mayor ó menor de cuevas, unidas por pasadizos y corredores, con sus entradas correspondientes en la superficie del suelo. En muchas de las cuevas se halla una sustancia negruzca y muy esponjosa, atravesada por hilos blanquicos y bastante enredados, que ofrecen una gran cantidad de protuberancias laterales, del tamaño de un grano de mostaza, de los cuales tendré que hablar luego.

La comunidad del bachaquero consta de muchos millares de individuos. En la parte más baja, que por lo mismo es la más segura, viven las hembras; en otras cuevas están alojados los machos; además hay los llamados soldados que son machos más grandes, pero con órganos sexuales más ó menos atrofiados; y finalmente la grandísima turba de las trabajadoras, unas mayores y otras menores, que realmente son hembras estériles.

En la sustancia esponjosa están depositados los huevos, y allá se encuentran también las larvas en cuyo cuidado y alimentación se ocupa una parte de las trabajadoras, hasta que aquellas se transformen en ninfas y poco después en insectos perfectos.

Cada bachaquero contiene además algunos inquilinos extraños, sobre todo pequeños coleópteros de la familia de las pseláfidas, y á veces también uno ó dos ejemplares de un reptil bastante grande que, á pesar de pertenecer á la sección de los lagartos, lleva entre nosotros el nombre doblemente erróneo de "culebra de dos cabezas," (*Amphisbæna alba*). Aunque no se

ha dado hasta ahora ninguna explicación satisfactoria de esta vida en sociedad entre animales tan diversos, parece probable que sea uno de los casos que la ciencia moderna comprende bajo el nombre de *comensalismo*.

Á todas horas, y sobre todo en la madrugada, las trabajadoras mayores recorren en larga fila los angostos y bien trillados caminos que desde las entradas del bachaquero conducen v. g. á una huerta ó á un campo sembrado, mientras que otras vienen en dirección opuesta cargadas de fragmentos de hojas, de las que han despojado los árboles y demás plantas atacadas.

¿Qué hacen los bachacos de estas hojas después de haberlas llevado á su nido? Por largo tiempo nada se sabía de positivo sobre este particular: unos pensaban que las comían, y otros que las empleaban para hacer más seguras con ellas las bóvedas de sus viviendas subterráneas. Ninguna de estas conjeturas es satisfactoria, por razones que sería largo exponer aquí. La solución del enigma fué finalmente adivinada por Thomas Belt, Director que fué de ciertas minas de oro en el distrito Los Chontales en Nicaragua, donde durante varios años de residencia había tenido muchas ocasiones de estudiar los bachacos y todas sus particularidades. Habiendo descubierto que la materia esponjosa y negruzca en las cavidades del formicario consta esencialmente de la sustancia medio podrida de hojas, y que los hilos blancos tan frecuentes en ella son el micelio (*) de un hongo, tuvo la feliz idea de que los bachacos probablemente llevan las hojas al nido con el propósito de formar con ellas criaderos de hongos para su propia alimentación.

Por extraña que pueda parecer á primera vista esta conjetura, ella ha sido demostrada últimamente de la manera más rigurosa por un investigador tan hábil como concienzudo.

Alfredo Möller de Blumenau, (provincia de Santa Catalina, Brasil), ocupado desde dos años en el estudio biológico de varias especies de bachacos, no sólo encontró exactas todas las observaciones hechas por Belt, sino descubrió además que las protuberancias y partes más gruesas en el micelio deben su origen á la fusión de varios hilos, y que están llenos de protoplasma. Después de algunos ensayos infructuosos Möller logró finalmente establecer un bachaquero en una caja con paredes de vidrio, de modo que le fué posible observar todos los movimientos de las hormigas. Entonces vió que al llegar una trabajadora con un fragmento de hoja, lo entrega á otra que después de haberlo partido en pedacitos menores, empieza á mascar uno de los últimos, hasta dejarlo transformado en una bolita pulposa de un cuarto de milímetro de grueso, la que añade en seguida á la sustancia negra ya acumulada, que constituye un criadero excelente y fertilísimo para el micelio del hongo. Creo superfluo entrar aquí en pormenores técnicos relativos á la vegetación del último, y quiero sólo añadir que las hormigas tienen en las protuberancias mencionadas un alimento muy nutritivo y rico sobre todo en ázoe.

No se puede pues dudar de que los bachacos practican el cultivo de hongos para comérselos, poco más ó menos como lo hacen los criaderos de *champignons* en las catacumbas de París para venderlos.

Las observaciones de Möller fueron confirmadas más tarde por Tanner en Puerto España (Trinidad), quien las repitió en

(*) El micelio es la parte vegetativa del hongo, formada por filamentos ramosos que se entrecruzan profusamente, y viven en contacto de las sustancias orgánicas de que se alimentan.

para, y en esta última semana yo mismo he podido examinar algunos pedazos de sustancia negra del interior de un bachaquero, y convencerme de que también los del Valle de Caracas son idénticos por este respecto á los de Santa Catalina y de Trinidad.

Pero el micelio de un hongo no es sino el principio de su vegetación, y era lógico buscar el estado perfecto. Möller lo descubrió por una mera casualidad, pues encontrando un hongo bastante grande, con sombrerete de casi un decímetro de ancho, encima de un formicario, supuso desde luego que pudiera ser el objeto de sus pesquisas. Cultivó las esporulas y obtuvo en efecto un micelio igual por todos aspectos al que vegeta en los bachaqueros estudiados. Con este experimento quedó perfecta la cadena de la argumentación científica, y siendo el hongo una especie aún no descrita, Möller le puso el nombre de *Rozites gongylophora*. No es probable que tengamos por aquí la misma especie; pero todavía no se ha presentado la ocasión favorable de encontrar el hongo de nuestros bachaqueros.

Caracas: 25 de marzo de 1894.

A. ERNST.

POR LA JUSTICIA

El infrascrito, representante del "Círculo Católico de Carora" ante el "Centro Católico Venezolano", con el carácter anunciado y por sí mismo, manifiesta públicamente: que conlleva el pesar que hoy aflige á los que personalmente ó de fama conocieron al ejemplarísimo sacerdote é insigne predicador Doctor NICANOR RIVERO, á quien Dios haya en Gloria. La memoria del malogrado sacerdote será eterna entre nosotros, no solamente como digno émulo, en carácter, en sabiduría, en virtudes y en altas dotes oratorias, de Avila, José Alberto Espinosa, los obispos Talavera y Fortique, Alegría, Macario Yepes, Raldíriz, Vizcaya y Miguel A. Espinosa (*), sino también como uno de los ilustres varones que entre nosotros padecieron persecuciones por la justicia.

RICARDO OVIDIO LIMARDO.

Caracas: 24 de Marzo de 1894.

EL NEWS BOY AMERICANO

La lectura es para el pueblo norteamericano algo más que una costumbre, es una necesidad. No se concibe un verdadero yankee que no lleve los bolsillos de su gabán atestados de periódicos y libros.

En el tranvía, en el ferrocarril y en el carruaje, en los espectáculos teatrales y en las soledades del hogar, en donde quiera que el norteamericano pueda estar con las manos desocupadas y el pensamiento libre, lo encontraréis con un periódico ó con un libro.

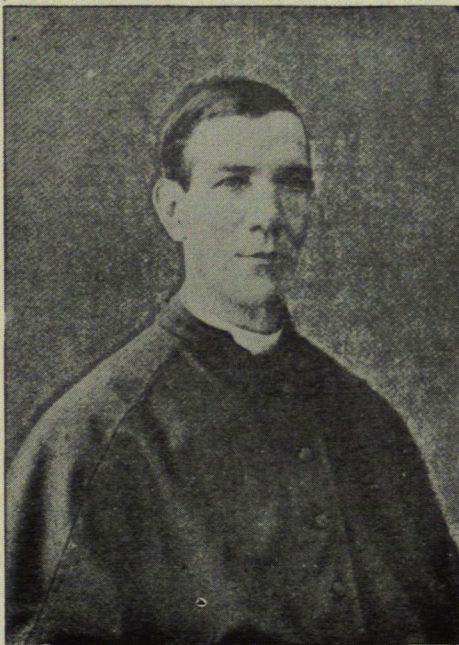
De ahí la gran importancia que adquiere una publicación en ese país, cuando sabe llenar las condiciones que él exige; de ahí los fabulosos capitales que levantan los periodistas, y las enormes sumas que gastan anualmente las empresas. El que haya viajado sabe cuánto valen el *Herald*, el *World* y el *Times*.

(*) De estos grandes oradores, sólo á Avila no tuvo la dicha de oír quien esto escribe.

Nada de artículos doctrinales, ni de filosofía ni de potenciales inútiles. El Yankee necesita en el menor tiempo posible conocer lo que pasa en todo el mundo, y se consideraría desgraciado el que á la hora de acostarse, ignorase cómo habían pasado el día el Khediye de Egipto y el Emperador de Alemania, y cuántos grados había bajado el termómetro en Moscú, y qué caballo fue el vencedor en las carreras de Londres, y qué ópera cantará la Patti, y á cómo se vende la harina en Santander.

Pero el alma del periódico es el vendedor, el que constituye un verdadero tipo, digno de admiración y de estudio.

Nosotros hemos visto en las capitales de Europa, en las noches de invierno, tiritando de frío y calada por la lluvia, á una infeliz anciana que, junto al quicio de una puerta, con compungida voz



PBRO. DR. NICANOR RIVERO

anuncia al transeunte su periódico; á una madre que va de puerta en puerta, con lágrimas en los ojos suplicando por caridad que le compren un número; á un niño vestido de harapos que dejan entrever sus carnes, y en la acera de la calle ó por las mesas del café molesta á todo el que encuentra y agradece, como limosna, el que se le compre uno de sus papeles.

El vendedor de periódicos de Nueva York no se parece á ninguno de sus congéneres del mundo.

Es un niño robusto y ágil, de ojos azules y mejillas encendidas, bien abrigado y con zapatos fuertes, de mirada alegre y franca sonrisa, que va y viene de una á otra acera de las calles, atraviesa las plazas corriendo, sube de un salto á los tranvías y de un salto baja, por gran velocidad que éste lleve, y se escurre entre las patas de los caballos, se abre paso á empujones en las escaleras del elevador, y en diez segundos corre todos los wagones del tren que pasa, es una especie de ardilla que tan pronto os presenta el periódico en la cara como desaparece y cae delante de otro prójimo á diez metros de distancia.

El no suplica, ni cuenta sus penas, ni llora una desgracia, ni pide limosna, ni importuna á nadie. Atento á su oficio, apenas divisa á uno que lee, se presenta ante él, y en tres palabras relata la noticia más importante, el telegrama más sensacional, y, con su actitud resuelta y su cara risueña, convence de que hay obligación de comprar el periódico y enterarse de lo que ocurre en el universo.

El que á las horas de salida de un periódico haya tenido la dicha de pasar por la puerta de la imprenta, habrá podido contemplar y admirar con alegría aquella legión de niños de cabezas rubias, como ángeles del celeste coro, esperando el momento feliz para lanzarse al través de la ciudad llevando entre las manos el pan del espíritu, el más portentoso invento de la civilización, y que parecen cantar con sus rosadas bocas el himno santo á la libertad del pueblo americano.

DE LEOPARDI

A SU DAMA

Cara, beldad, que largo amor me infundes; ó el semblante ocultando, menos cuando en el sueño me conmueve, sombra divina, el corazón; ó cuando tal vez más puro el día más espléndido luce, y ufano el campo ostenta su alegría; ¿dime si el inocente siglo de oro llamado tu adornaste? ¿ó si en el mundo, acaso aun no sé dónde, reina tu alma ahora? ¿ó si la suerte avara, que á nuestra edad te esconde, á un porvenir más digno te prepara?

Ya de mirarte en vida, la idea, la ilusión tengo perdida; sólo que fuese al tiempo en que, desnudo, por nueva senda á peregrina estancia vaya al cabo mi espíritu. En el triste despertar de mi infancia, en este valle erial mi apoyo fuiste. Yo te adoré. Mas nada encierra el mundo que logre asemejarte; y si hay doncella que igualarte pudiese en hermosura, en palabra, en dulzura, tu igual siendo siempre serías tú la flor más pura.

Si en medio los dolores que á la humana estirpe el cielo ha dado, tan bella cual tú eres y te pinta el pensamiento mío, alguien te amara aquí en la tierra, aquí en la tierra hallara ese amador la gloria; y claramente alcanzo de mi historia, que en pos de fama y de virtud podría hoy como ayer tu amor lanzarme. Empero rehusa el hado fiero tal regocijo á nuestro afán; y el mundo con tu presencia angélica sería, símil del cielo, templo de armonía.

Por valles, donde suena del fatigoso agricultor el canto, y yo me duelo y quejo en larga pena del juvenil horror que me abandona; y allá por las colinas, do me espanto al recordar perdida mi faena, y los pasados sueños y alegrías de mis cansados días, pensando en tí despierto con blandura. ¡Oh, si pudiera, digo en mi alborozo, en este infausto siglo de aura impura vivir la hermosa especie! Que en su imagen, ya que no alcanzo el ideal, me gozo.

Si eres tú de la eterna idea un rayo, que de humana forma desdexas el cubrir tu virgen seno, y en caducos despojos probar las ansias del vivir terreno; ó si otro mundo en superiores giros te alberga, y limpia y bella y más cercana al sol fúlgida estrella te irrada, y entre luces tu alma escoge, de aquí, donde es la vida infausta y breve, oye á este oculto amante y su himno acoge.

E. RIVODÓ.

FALDAS ?

VENGA LA POLICIA !

Traducido del francés para EL COJO ILUSTRADO por Miguel Ficher

No recuerdo el nombre del agente de policía que ha causado una revolución en el arte de la instrucción judicial afirmando que en el fondo de todo crimen hay siempre una mujer. Su famoso aforismo: *Un drama! buscad la mujer!* que se ha hecho tan vulgar como una máxima de Jocrisse, le ha valido sin embargo, cierta celebridad.

Pero hay un nombre que la ciencia psicológica conservará al lado de los más grandes filósofos y que nadie olvidará en el transcurso de los siglos: ese nombre es el de mi amigo Julio D.... que ha encontrado una proposición mucho más audaz á primera vista, y, según lo afirma él, mucho más verídica á pesar de eso.

Mi amigo Julio D.... por un rasgo de ingenio ha vuelto la afirmación del agente de policía en cuestión, y establecido esta contra verdad, que en el fondo de toda mujer hay una desgracia ó un crimen. Su aforismo está concebido en estos términos: *Faldas? venga la policía!*

Con frecuencia me he indignado contra Julio. Con frecuencia he combatido sus doctrinas que me parecen empapadas de lastimosa exageración, lo cual me ha costado muy caro en apuestas que he

perdido, porque á cada disputa que formábamos por su pesimismo me contestaba con una apuesta formulada así: "Salgamos: en la calle me indicará la primera mujer que quieras: la seguiremos, nos aseguraremos de su nombre y de su dirección, y, hecho esto, te apuesto cien lises á que dentro de quince días te traiga la prueba de que esa mujer es ó será la heroína de un drama que ha causado, esté causando ó deba causar una muerte violenta."

Bajo las condiciones que acabo de indicar he hecho cinco apuestas y todas las he perdido. Eso me basta y á ellas me atengo. Por consiguiente, no ha sido sino por amor al arte que Julio vino á mí hace tres ó cuatro días y me mostró un gran paquete cuidadosamente sellado que el señor X... notario, acababa de enviarme, avisándole, que nombrado yo por testamento ológráfico ejecutor testamentario de uno de sus clientes, él estaba encargado de trasmitirme los papeles adjuntos.

—Mira, me dijo, esto es del conde Just, que ha muerto, según dicen, de un ataque de apoplejía fulminante en estos últimos días. Tu conocías al conde Just y á su mujer Vela. Ningún matrimonio me ha parecido dar nunca ni de un modo más brillante un mérito á las desconfianzas que las mujeres me inspiran. Bien pues, antes de abrirla, te traigo esta carta que me ha mandado mi notario: vamos juntos á leerla, y una vez más te probaré, estoy cierto, de que mi divisa: *Faldas? venga la policía!* no sufre ninguna excepción.—Por hoy solamente te lo demostraré sin que te cueste nada.—Soy bastante generoso.

La carta tenía este rótulo: *Papeles personales para entregarlos al señor Julio D... La abrimos y Julio empezó la lectura:*

París: 20 de abril.

ESTE ES MI VERDADERO TESTAMENTO.

Julio, hace mucho tiempo que no nos vemos; las circunstancias han hecho raras nuestras relaciones, sin que ellas en nada hayan podido debilitar la profunda y sincera amistad que nos une desde los bancos del colegio. Por consiguiente, en el momento en que una fuerza irresistible me obliga á buscar un confidente de mis más íntimos pensamientos, es á tí á quien me dirijo en busca del consuelo supremo de los enamorados: el consuelo de poderme revelar un secreto y repetir sin falsa vergüenza los gritos de dolor que uno ahoga para no someterse á la burla de la crueldad pública. Julio, mi antiguo y mejor amigo! preciso es que yo lloré una vez sin verme impedido á devorar mis lágrimas, y preciso es también que descubra el misterio de ellas á un ser viviente. Los grandes sufrimientos cuando son mudos agobian con imponderable peso.

Te acuerdas como se presentó para mí el camino de la vida, amplio y brillante.—No habrás olvidado cuan rápidamente me condujeron al éxito los primeros pasos que di en él. A los veinte y cinco años ya gozaba yo de una reputación envidiada, casi de una gloria.

Mis trabajos me habían granjeado una notoriedad de la cual todavía tengo derecho de envanecerme; los periódicos más autorizados solicitaban el honor de la colaboración mía; los editores más tímidos se afitaban á mi alrededor y me suplicaban que les ofreciera mis próximas obras; los estudios especiales á los cuales me consagré, hasta habían obligado al Gobierno á confiarme una cátedra al pie de la cual iba á pasar horas enteras silenciosamente cautivada por el poder de mi palabra, todo lo que Francia tiene de aristocracia en toda línea: aristocracia de la cuna, de la fortuna, de la inteligencia.

Te hablo de todo esto como si se tratase de un extraño. En el punto en que me encuentro, los tontos miramientos de una falsa modestia no tienen razón de ser. Además tu sabes que jamás exagero.

Un día, supe que me casaba; pero, como todo el mundo, has conocido mal los pormenores novelescos de la alianza que contraí. Una joven, de rica y noble familia había concurrido á oírme en la cátedra durante todo un invierno sin faltar á una sola de mis conferencias. Yo, ignorando hasta su nombre, me había fijado en ella tanto por su asiduidad como por la especie de magnetismo con que me atraían sus miradas mientras yo hablaba á mi auditorio.

Una mañana, me avisó mi sirviente que dos señoras querían hablarme. Las hice entrar. Una de ellas tendría más ó menos cincuenta años, su porte era el de una dama de compañía; la otra era mi discípula desconocida. Esta última apenas hubo entrado me dijo que tenía que hablarme á solas.

La hice pasar á mi gabinete de trabajo, y allí me habló en estos términos:

—Señor, me llamo Vela de G... soy huérfana, mi tutor me ha entregado hace pocos días las cuentas de la administración de mi fortuna: tengo como ciento cincuenta mil libras de renta: usted me ha visto con frecuencia á alguna distancia, hoy me tiene á dos pasos de usted, así, puede creer que soy más bien buena que mala. Hablando de mí hasta ha habido quien diga que soy una *persona muy bella*; esa es la palabra adoptada en la sociedad en que vivo. Además de eso, señor, poseo un corazón muy noble y muy recto, y á la edad que cuento me conozco bastante para poder asegurar á usted que seré siempre una mujer honrada. Estas diversas consideraciones que someto al juicio de usted, esta brutalidad de palabras que quizás admiran á usted, tienen por objeto manifestarme tal cual soy realmente, en el momento en que vengo á hacerle una exigencia que desde luego le parecerá extraña al hacerle la siguiente pregunta: Quiere usted casarse conmigo?

Puedes juzgar si este discursito era para causarme una profunda sorpresa. Ni siquiera traté de disimular mi asombro, al cual puso Vela el colmo explicándome los motivos á que obedecía al dar este paso tan anormal.

Educada más bien por sí misma, más que por todos los maestros que la habían rodeado, privada de la prudente ternura de sus padres, que ella había perdido muy joven, desde que tuvo edad de razón, resolvió no dejarse guiar en su conducta sino por sus propios sentimientos. Así, premeditadamente había apartado de sí toda influencia extraña: quería manejar por sí sola sus propios intereses, y nada hay más importante para mí, añadía, que mi establecimiento en la sociedad y la elección del hombre cuyo nombre llevaré?

—Quiere usted ser ese hombre? me preguntó; pero antes es necesario que usted sepa á qué pensamiento obedezco al proponerme de esta manera. Si le deseo á usted como marido es porque no conozco ningún espíritu que prometa al mío más entera satisfacción de sus ambiciones y de sus esperanzas. Estoy orgullosa, digamos más, estoy envanecida. Es una pequeñez de alma, me dirá usted. No, porque yo no me contento con pequeñas vanidades. Tengo el aliento de lo grande. Mi amor propio es excesivo, pero los objetos sobre los cuales él se fija, lo excusan. Así pues, para hacerme comprender mejor, le diré que tengo una vanidad viril: y como yo sé que el mundo me negará la satisfacción de ella, si yo, mujer como soy, me obstino en querer tratar de imponerme á sus respetos ó á su temor, pretendo á lo menos encontrar, en los triunfos de mi marido todos los goces del amor propio. Por parte mía esto no es sino una vanidad de reflejo; y como tal, ella le parecerá á usted sin duda, menos miserable.

Estuvimos hablando de este proyecto de matrimonio con perfecta serenidad de espíritu y discutíamos su lado bueno y su lado malo, como si se tratase de una tesis filosófica completamente extraña á nosotros.

—En fin, dije yo á mi vez, no veo bien lo que usted hace del sentimiento propiamente dicho en sus proyectos, y le confieso que el amor es para mí una de las condiciones esenciales de la felicidad. Observe que no le hablo de ese amor enfermizo que no vive sino de sí mismo devorando á quien lo posee como una fiebre incurable, no; yo me refiero al amor puro y grande, á aquel que establece entre el marido y la mujer un vínculo poderoso, gracias al cual se adelanta en la vida apoyándose uno en otro en mutuos esfuerzos, animándose, consolándose y hasta protegiéndose. ¿Nada de eso exige usted á su marido, ni nada de eso le ofrece usted?

Levantóse y me tendió la mano: sus ojos centelleaban positivamente, y de aquella manera parecían iluminados para que yo pudiese leer fácilmente en ellos.

—Oiga, me dijo. Yo adorarla, comprendo bien, yo adorarla con frenesí, al hombre que se impusiera el respeto de todo el mundo y que por su misma superioridad satisficiera la vanidad de que hablo. Que no haya entre nosotros ningún engaño. Aunque mi marido fuese un genio y que yo misma le tuviese por tal, yo no le tributaría afecto ni consideración, si así por muy genio que fuese, permaneciese desconocido y perdido entre la masa del vulgo; si al contrario, su mérito no es más que engañifa y es menos grande de lo que el público cree, entonces se lo agradeceré de muy buen grado y le amaré apasionadamente. Hace poco que hablaba usted de un vínculo poderoso: yo acepto la comparación, pero es para decirle que cuando dos seres están unidos por un vínculo

de esa naturaleza, la caída de uno arrastra consigo la del otro, y le advierto que yo no quiero caer. Piense pues, bien en esto, y si usted es el hombre que yo creo y tiene fe en sus fuerzas y en su porvenir, como la tengo yo, tenga usted la mano que le doy. Entonces será para usted y mientras goce de sus triunfos, la esposa más segura y al mismo tiempo la compañera más tierna; pero si abriga usted la menor duda respecto de su valor ó de su suerte, sencillamente despidase de mí; porque entonces, en caso de un revés, será casi su más cruel enemiga y su juez más implacable.

Vacíle un momento.—Vela fijó en mí aquella mirada extraña que ejercía en mi espíritu una especie de fascinación.—Yo estaba sorprendido con aquella franqueza de lenguaje tan inusitado en una joven, y sin embargo me sentía seducido por él.

—Sea, díle al fin.—Acepto.

Vela me presentó su encantadora mejilla en la cual estampé un prolongado beso.

—Dentro de un mes estaremos casados, me dijo separándose. Vaya á ver á mi tutor mañana y haga su petición: él estará advertido.

Luego no dijo una palabra más y se retiró con la señora que la acompañaba, dejándome presa de una especie de embriaguez, más debida al estupor que á la felicidad.

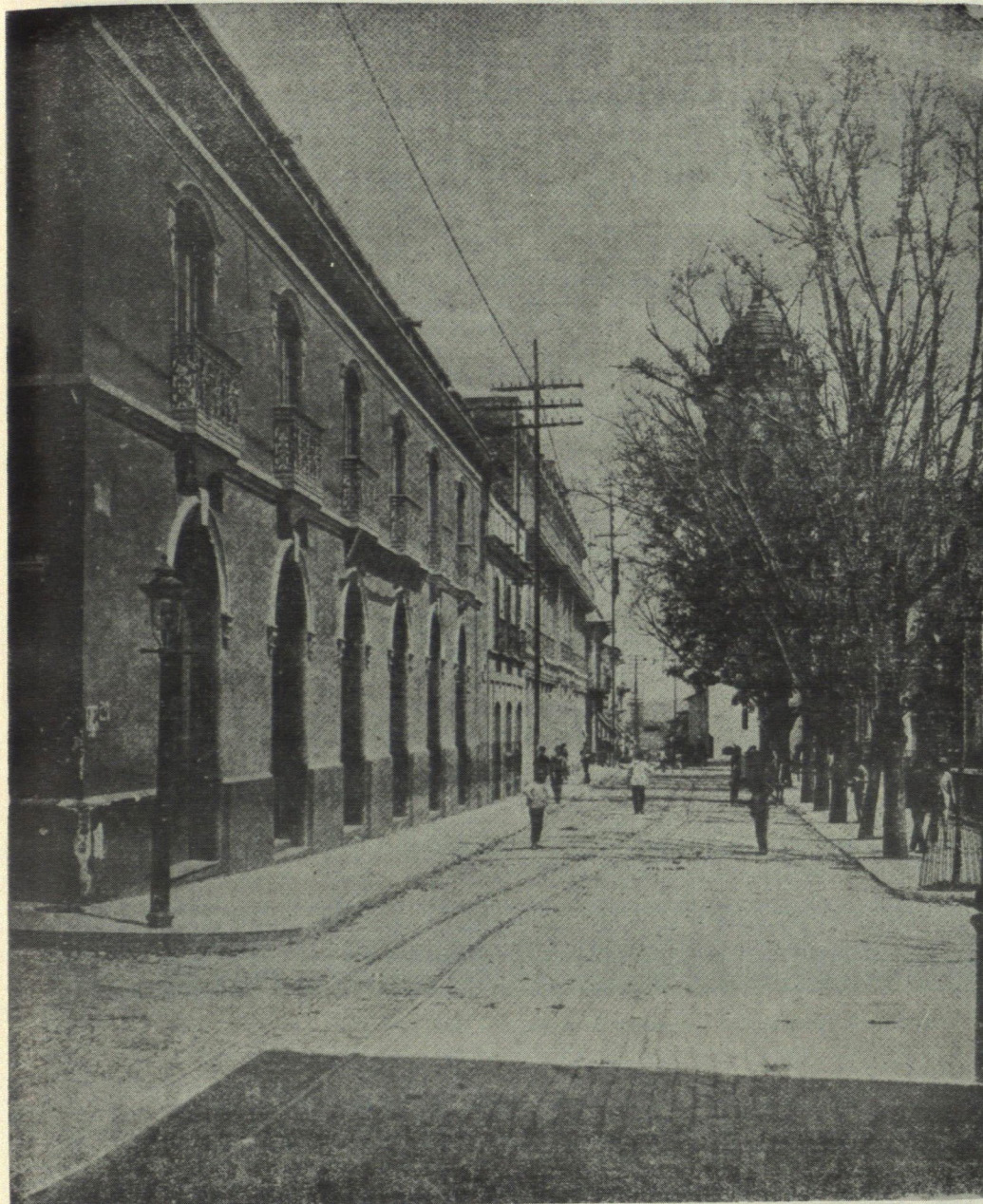
Un mes después, según lo había dicho Vela, estábamos casados.

Preciso es confesarlo, Julio, ella cumplió estrictamente lo que me ofreció. Encontré en aquella mujer una abnegación absoluta, completa, de todos los instantes. Hasta me prodigó un amor cuyo recuerdo conservo en la memoria como un sabor acre, tanto así era frenético en ciertas horas. Sólo que su pasión tenía como intermitencias, y eso era lo que ofrecía de más extravagante. Mientras que seducido por el encanto que emanaba de ella, vencido por la realidad de su inteligencia digna bajo todos aspectos de la magnífica envoltura que Dios le había dado por cuerpo, me abandonaba enteramente yo á aquellas seducciones de todo género; mientras que la prodigaba con ardor siempre igual los testimonios de la más profunda ternura, ella tenía, ora elaciones que me colmaban de dicha, ora resfriamientos inexplicables. Meses enteros vivimos así, fecundados en goces puros; durante otros yo llegué á preguntarme si Vela sentiría por mí algún afecto.

Sus momentos de frialdad coincidían justamente siempre con las horas en que precisamente yo habría deseado encontrarla más tierna y más completamente abnegada. Cuando en mi carrera, experimentaba yo una especie de detención ó simplemente de atraso, parecía que ella se separaba de mí, y en lugar de estimularme y de consolarme, me encontraba en ella sino frialdad y casi repulsión. Cuando al contrario, cualquiera distinción venía á recompensar mis esfuerzos y mi incesante trabajo, ella venía á mí con una expansión de amor que en una hora me indemnizaba sus desdenes del día anterior. Así llegué á juzgar, mejor de lo que habría podido hacerlo de cualquier otro modo, del mayor ó menor triunfo que el mundo me acordaba. Su amor era en cierto modo barométrico y tenía tal sensibilidad, que un cambio, por pequeño que fuese en mi carrera, lo hacía subir ó bajar casi sin causa aparente.

Sufriendo mucho terminé por acostumbrarme á aquella extraña naturaleza. En realidad no había habido engaño de parte de Vela, puesto que ella me lo había advertido el día que nos vimos por primera vez, y yo debía sufrir las condiciones que se me habían impuesto. Sin embargo, yo no podía abstenerme de esperar que tales exageraciones no dejaran de calmarse bajo la presión de un afecto tan vivo como el mío y sobre todo, contaba con que la edad daría á su espíritu una noción más sana de la abnegación conyugal. Alimentaba esta esperanza á despecho de los indicios que habrían debido probarme cuan loco era yo deteniéndome en eso, y continuaba mi vida sufriendo como flujos y reflujo de amor según me acercaba ó me retiraba la marea del puerto donde su vanidad quería hacerle entrar conmigo á vela llena.

Llegó un día en que obtuve un gran suceso, porque en él me fueron confiadas funciones muy brillantes y elevadas. Traté de hacerme digno de ellas con todo el ardor que había puesto en conquistarlas, y cuando estuve en posesión de ellas experimenté un placer indecible, no por mí, muy directamente, pues con mucho gusto habría aceptado una existencia oscura, sino por el amor con que yo comprendía que iba á ser pagado en recompensa del éxito inesperado.



Avenida Oeste, entre las esquinas de Catedral y El Principal.—Oficina de Correos al Norte de la Plaza Bolívar

Véla no engañó en nada mi esperanza. Durante cerca de un año agoté más felicidad de la que otros pueden experimentar durante una existencia entera. Ella me habría colmado de ternura si mi corazón no hubiese sido insaciable. No me empujé en decirte cuántas y cuan exquisitas emociones pasaron por mi alma en ese año, ni podré llegar a hacerte comprender de qué modo la vanidad de mi mujer llegó a transformarse en verdadera pasión. Los sentimientos humanos son indefinibles para la mayor parte; pero este lo es más que cualquiera otro. Acepta esta opinión de la misma manera que el ciego asegura que hay colores sin conocerlos, pero sabiendo que existen.

Sin embargo, una mañana, perdí mi posición. La brillante situación a la cual yo me apegaba en cierto modo y de que el público me creía tan celoso por ambición personal, vino al suelo súbitamente. Por un revés de la suerte, por una de esas casualidades que ninguna sabiduría puede prever, caí, no en la oscuridad, sino en el retiro.

Cuando ocurrió este accidente, casi me alegré. Ciertamente que yo habría luchado indefinidamente por conservarme en la brillante posición que me había sido dado ocupar por algunos meses; pero puesto que la fuerza de las cosas y el capricho de los hombres me arrancaban de ella, yo supe con valor a que atenerme. Desde el punto de vista personalmente mío, me contentaba con poder volver a continuar mis estudios de los cuales me había distraído hacía algún tiempo, estudios que yo prefería a todas las otras ocupaciones;

sentir como un descanso general, como un quietismo de mi voluntad y de mis nervios, fatigados por los esfuerzos que yo les imprimía.

En cuanto a mi mujer, no era cosa que me inquietara en demasía. Las necesidades de su vanidad habían sido demasiado satisfechas hacía cerca de un año, para que ella no me diese fácilmente la limosna de algún reposo y que no consintiese en pedir á un verdadero retiro en cualquier rincón del campo, el tiempo necesario para entregarnos más libremente á nuestro afecto. Su amor propio debía estar bastante harto de sus goces para soportar sin muchas privaciones, la oscuridad relativa á la cual ella iba á encontrarse condenada.

Por otra parte, me decía yo, la notoriedad que hemos adquirido en las altas funciones que hemos perdido, la conservaremos siempre. Qué mujer no se siente orgullosa por poder decir de su marido: *antiguo*... tal cosa? Muchas veces y solo á distancia no se ven sino los rayos resplandecientes de los cuerpos, mientras que viéndolos más de cerca se les adivinan las manchas.

Por consiguiente, yo no me atormentaba de un modo extraordinario, y me decía que el amor de la mujer á quien yo había consagrado toda mi vida era ahora muy profundamente sincero para que se desvaneciese de pronto por una picadura de la vanidad, y yo mismo llevé á Véla el número del periódico que contenía la noticia de mi renuncia, porque llaman *recibir nuestra renuncia* el hecho de destituírlos por un acto público sin haberos prevenido y tratándoos tan brutalmente como á

un servidor infiel ó grosero á quien hasta se le conceden sus ocho días.

Véla lanzó una mirada sobre el periódico y me dijo: "Hace días que yo preveía esto." Nuestra última recepción estuvo tan descuidada que de ella deduje que lo que sucede hoy debía tener lugar muy pronto ¿y qué piensa usted hacer?

Le contesté que todavía yo no tenía ningún proyecto, que reflexionaríamos juntos para formar de común acuerdo nuestros planes para el porvenir. Yo me sentía contento al ver qué bien había ella soportado el golpe que acababa de recibir y me regocijaba viendo que el amor grande y sincero había sabido al fin triunfar de las ambiciones malsanas que hasta entonces habían como dado el *la* á sus afectos. ¡Pero cruelmente iba á desvanecerse esta esperanza!

—Usted dispondrá las cosas como le plazca, me dijo Véla: yo viviré naturalmente donde viva usted y no veré sino á las personas á quienes usted vea.

Terminadas estas palabras cortó la conversación y se retiró. Yo habría preferido verla más expansiva; pero era necesario perdonarla aquel primer movimiento de su carácter, y el temperamento de ella era de aquellos que se sublevan contra el sufrimiento y el pesar en lugar de llorar.

Pasé el día en diligencias de negocios y cuando llegó la noche, sintiéndome molido de cuidado y de fatigas, quise entrar á casa, preparándome para pedir mis excusas á Véla por ir á turbar su sueño tan tarde, pero una camarera que velaba á la puerta de su dormitorio me impidió entrar á él, á mi dormitorio puedo decir, porque no teníamos sino uno para los dos.

—La señora me ha encargado advertir al señor, dijo la muchacha, que su cuarto está hecho en la pieza contigua al saloncito.

En aquel momento experimenté una de las emociones más vivas de toda mi vida. Aquella especie de penitencia que así se me infligía por boca de una sirvienta, de la cual cada palabra y cada inflexión de la voz revelaba una ironía, me desgarró el corazón. Bajé la cabeza sin contestar y me retiré. Desde esa hora, amigo mío, comprendí que estaba condenado sin remisión. La moderación de que Véla había dado prueba por la mañana, no había sido sino el silencio del odio, no como yo lo había creído, la serenidad de una alma afectuosa y abnegada.

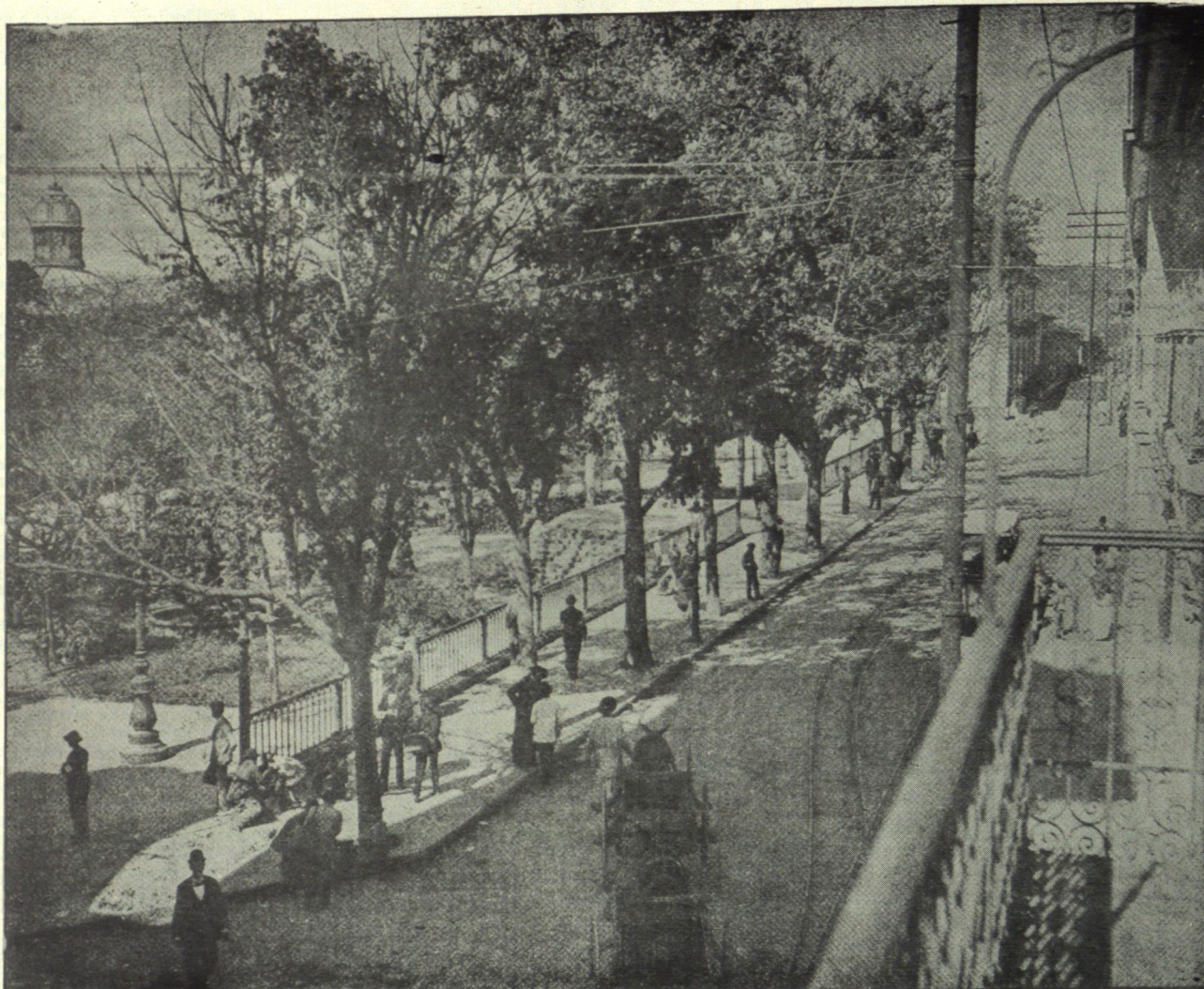
Tres meses hace, querido amigo, que dura el suplicio empezado la misma noche de mi caída.

Cada día, cada hora le han dado su contingente de nuevos sufrimientos y de las más odiosas afrentas. Todos mis esfuerzos por vencer aquella alma rebelde rebotaron contra mí en desdenes implacables. Y sin embargo, preciso es confesarlo, mi amor por ella es cada vez mayor.

No soy de esa raza soberbia que se sumerge en la soledad de su orgullo y quiere guardar para ella sola el secreto de sus esfuerzos, el dolor de sus caídas y la vergüenza del aborto de sus esperanzas. En rigor, puedo ocultar mis alegrías; pero es necesario que divida mis lágrimas; y estas mismas lágrimas cuya fuente inagotable había descubierto Véla agobiándose con sus desprecios, tenía yo que ocultarlas, pues la presencia de ellas aumentaba la especie de disgusto que yo había llegado á inspirarla y que ella no se abstendría de ostentar cínicamente á la vista de todos los que nos rodeaban.

Ayer, en el salón, entre ella y sus amigos sostuvieron una conversación en voz baja, que llegó á mis oídos por fragmentos, aunque yo me encontraba algo distante sentado á una mesa de whist. Oí pronunciar palabras como las siguientes: *apocamiento de espíritu... desanimación... no estar á la altura de las situaciones... crueles deberes impuestos á la mujer en esos casos... larga enfermedad... incurable... estado de infancia quizás un día...*

Yo me sentía como ébrio, oyendo aquella conversación cuyos puntos más hirientes eran ciertamente pronunciados en voz más alta de modo que no pudieran escapárseme. Maquinalmente tiré



Norte de la Plaza Bolívar y principio de la Avenida Oeste

las cartas, color sobre color, cometiendo faltas y errores inexplicables. Se me preguntó qué tenía. Pretesté que mi distracción era debida á un fuerte dolor de cabeza y me retiré á mi cuarto: no podía aguantar más.

Así pues, no sólo quería ella desgarrar mi corazón, sino que también quería deshonorar hasta mi razón; hacer de mi inteligencia una litera donde revolcar su vanidad ofendida y odiosa.

Aquello era horrible, era demasiado! Yo no podía soportarlo; y cuando todo el mundo se fué, empujé la puerta de su cuarto para hablarle y le exigí que me explicara los motivos de su conducta.

—Quiero hacerle sufrir, me contestó, quiero torturarle en su vanidad como usted me ha herido en la mía descendiendo de un modo ridículo de esas cimas elevadas de donde otros siquiera saben caer brillantemente. Unida como estoy á la suerte de usted, tengo las salpicaduras de su vergüenza, y tanto peor para usted si trato de limpiármelas á mi modo. Además, yo había hecho un convenio con usted en que usted ponía el buen éxito en cambio de mi afecto. Usted ha perdido; pague. En cuanto á mí, encuentro menos humillante ser la mujer de un hombre á quien el exceso de trabajo ha gastado prematuramente, que ser la mujer de un imbécil. Por eso es que hablo del apocamiento de su inteligencia, y eso lo explica todo.

Yo estaba aterrado. Aquella mujer tenía en su cólera horribles refinamientos; pero evidentemente decía la verdad; así, sentía que perdía la razón y que me volvía loco.

Esto no puede durar más. Herido en mi amor, herido en mi inteligencia, . . . comprendo que si hubiese sostenido una lucha por más tiempo habría sucumbido del mal de que ella me acusa hallarme poseído. Aunque sea esa vergüenza me la evitaré, y la resistencia que he opuesto á los sufrimientos de mi corazón no quiero aventurarla contra el desgarramiento de que es presa mi cerebro.

Julio, amigo mío . . . antes de terminar he que-

rido depositar mi secreto en tu amistad; quiero que alguien sepa que no muero loco! Pero no has de decírselo á nadie. Con tal que haya un hombre que sepa la verdad de mi vida y de mi muerte, eso me basta.

Adiós! voy á tenderme en el lecho donde con tanta frecuencia he llorado las ilusiones de mi amor perdidas . . . un pistoletazo bien dado . . . Adiós! Haz rogar por mí . . . porque creo en Dios y le temo . . . Antes que se seque la tinta de esta última línea, todo habrá terminado . . . Adiós! adiós!

CONDE JUST.

Bien pues! me preguntó mi amigo, tengo ó no razón esta vez también y no debo exclamar más que nunca: *Faldas! venga la policía!*

EL AMOR Y LAS PROFESIONES

Paul Bourguet que visitó últimamente á los Estados Unidos, y como acontece generalmente allí con toda notabilidad europea, los cronistas le tomaron por su cuenta. El célebre escritor francés que es muy genial, dió fácil acceso á las entrevistas, y entre otras cosas ha dado á sus martirizadores toda una colección de aforismos sobre el corazón femenino, su gran especialidad, y además un cálculo de las probabilidades que tiene de ser amado cada hombre según su profesión.

Es un cálculo notable que Bourguet ha hecho con ayuda de estadísticas suministradas por un médico.

Según este trabajo, los cómicos tienen 99 probabilidades en 100 de ser amados; los oficiales bajo el grado de capitán, 90; los pintores y los dependientes de comercio, 80; los tenores, 60; los periodistas, los escultores y los arquitectos, 50; los poetas, 30; los maestros de escuela, 25; los novelistas 15; los autores dramáticos y los médicos, 10; los militares de capitán arriba, los magistra-

dos, los abogados y los notarios, 5; los banqueros, 2; y los jefes de Estado ó de Gobierno, embajadores y ministros, 2 en 10.000.

Tal es, según Bourguet, la proporción en que los hombres, según su carrera, impresionan de veras el corazón femenino. Estudiándola se observa materia para horribles desencantos.

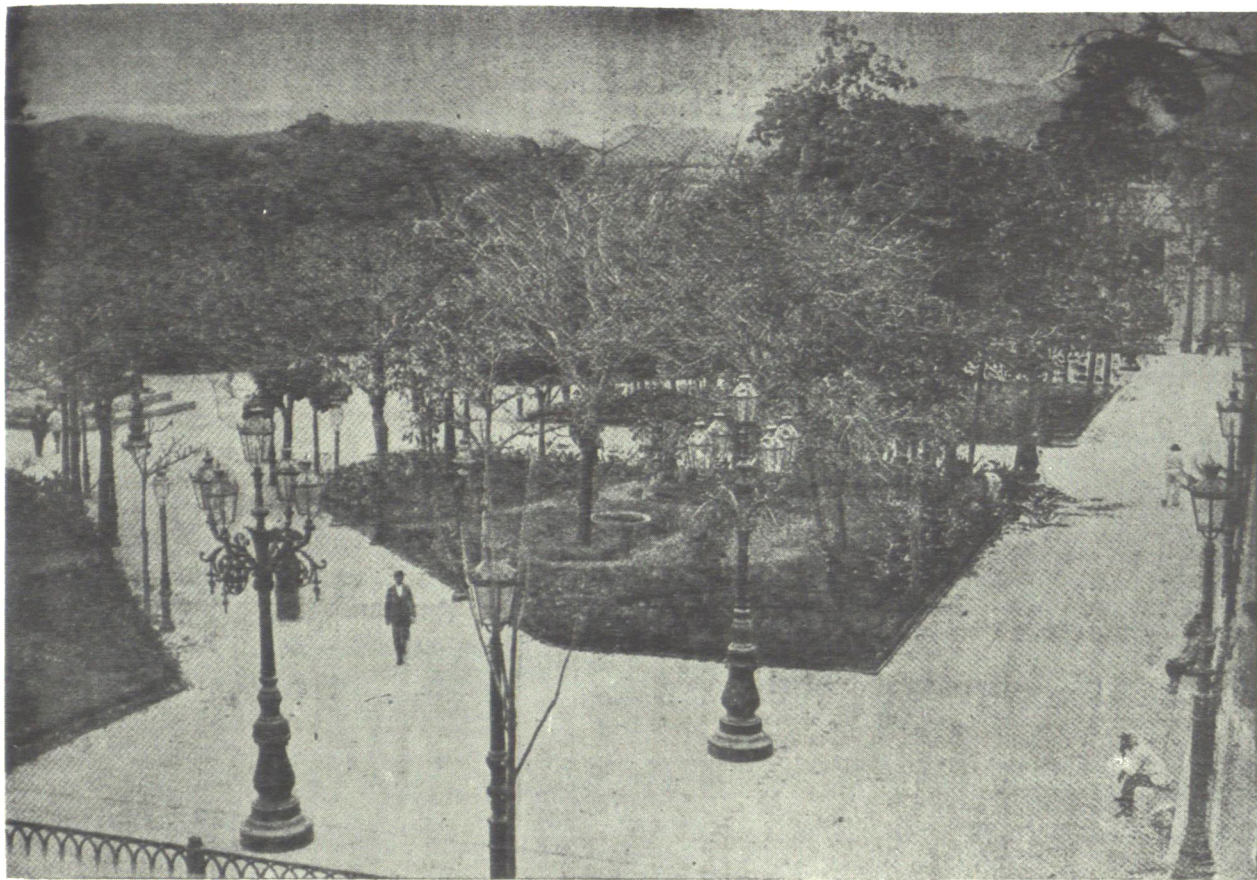
Los cómicos se llevan la palma sobre todos los demás hombres, y los reyes y demás personajes que gobiernan el mundo, son los que no obstante su prestigio y su poder, tienen menos probabilidades de ser amados, sin duda porque en los sentimientos que inspiran la vanidad se sobrepone al extremo de no dejar hueco para el amor verdadero.

Los pintores resultan equiparados con los horteras, y éstos tienen más probabilidades de ser amados que los vanidosísimos tenores, verdad es que los poetas salen todavía peor librados, lo cual hará que más de uno coja la pluma y dé al público una lata sobre el poco fundamento y la falta de sentido de las mujeres.

MADRIGAL

Es el placer una apariencia hermosa,
De que es retrato fiel la mariposa:
Al despuntar el día
Se ufana entre las flores;
A quienes vence en vívidos colores,
Imagen de variada pedería;
De ella imitan cambiantes las espumas,
Su faja el iris, y el pavón sus plumas;
Recorre fuentes, montes, valles, ríos,
Hace al herirla el sol vistoso alarde
De gayos atavíos;
Y ya no existe al decaer la tarde.

CECILIO ACOSTA.



I



2

1 Interior de la Plaza Bolívar por el Oeste. — 2 Entrada á la Plaza Bolívar por el Sur Oeste



Palacio Arzobispal y Cuartel de policía en la calle Oeste 2 al Sur de la Plaza Bolívar

LOS POR QUÉ DE LA SEÑORITA SUSANA

POR
EMILE DESBEAUX

Continuación

Y tú, querido Pablo, ya sé que trabajas asiduamente y que tus jefes están contentos de tí. Estoy convencido de que ascenderás rápidamente, y en cuanto á tu porvenir estoy tranquilo. Pero en tu vida privada hay detalles que no conozco aún, y si he de creer lo que me indican tus últimas cartas, debes tener algo serio que decirme, ¿no es verdad?

Al oír estas últimas palabras, Pablito se emocionó.

Le era preciso hablar del proyecto que acariciaba tanto tiempo hacía: de su casamiento con la señorita Teresa de Montlaur.

Pero en aquel momento se acordaba de la postdata famosa, la cual se presentaba á sus ojos como un obstáculo más amenazador que el primer día.

Recordaba con disgusto la importancia dada por su padre á cierta circunstancia, el interés con que le había preguntado en el mencionado postscriptum, si la señorita de Montlaur pertenecía á una familia en la cual había un alférez de navío en 1855.

Los informes que sobre esto había tomado Pablo, si le habían tranquilizado á él, no había podido aún transmitirlos á su padre.

Y si le habían tranquilizado cuando los tomó, ahora dudaba de su eficacia. Sentíase envuelto por un sentimiento vago de temor.

—Y bien, le dijo su padre con sonrisa bondadosa, ¿no me contestas? Sin embargo, estoy

seguro de que has adivinado á lo que me refiero.

—Sí, papá, dijo Pablo haciendo un esfuerzo para dominarse, te he comprendido.

Y añadió:

—El verano pasado encontré mamá en los baños de Dieppe á una antigua amiga suya, y reanudó con ella antiguas relaciones. Es una señora muy estimable que tiene por hija.....

—A mi amiga Teresa! exclamó Susanita.

—¿Es amiga tuya? preguntó el padre á la niña.

—¡Muy amiga!

—La señora de Montlaur es viuda continuó Pablo; pero de repente se detuvo.

—Al nombre de Montlaur, su padre había perdido el color.

Después se pasó la mano por la frente, como para apartar un recuerdo penoso, quizá terrible. Todos los ojos se fijaron en el marino.

Todos los presentes se preguntaban que significación podían tener aquella palidez y aquel gesto.

—Prosigue, dijo el marino pasado un instante de silencio embarazoso.

—No pude ver á la señorita de Montlaur, dijo Pablo, sin preñarme de ella; mi sentimiento fué aprobado por mamá y por abuelito. Mamá y la señora de Montlaur han tratado ya de un proyecto de matrimonio, y yo abrigo la esperanza de que la principal interesada, la bella Teresita, no ha de oponerse á la unión que yo deseo.

—¡Ya lo creo que no! murmuró la niña, que sabía á que atenerse respecto á las ideas de su amiga mayor.

El marino se levantó de su asiento y se puso á pasear por la sala, con la cabeza baja y profundamente pensativo.

Pablo estaba conmovido, previendo una catástrofe irreparable y sin atreverse á abrir la boca.

Esperaba todavía de los labios de su padre una sentencia dolorosa ó una palabra de esperanza.

El padre se paró.

Después se acercó á su hijo.

—Mi querido Pablo, dijo, voy á darte quizá un disgusto verdadero, acaso una alegría. Antes de hablar, necesito que me des informes más completos sobre esa buena familia de Montlaur. ¿Te acuerdas todavía de lo que yo te pregunté en una de mis cartas?

—Sí, papá; querías saber si en esa familia hubo un oficial de la marina francesa, allá por el año de 1855.

—¿Y lo has averiguado?

—La señora de Montlaur, que es viuda como ya sabes, me ha dicho que su marido tuvo en efecto un hermano á quien ella no conoció nunca.....

—¿Y ese hermano era?.....

—Alférez de navío en la época indicada.

El marino se dejó caer más bien que se sentó en una butaca, procurando ocultar los escalofríos que recorrían su cuerpo.

Al cabo de unos segundos, tratando de reanimarse, murmuró:

—¿Cómo se llamaba? ¿lo sabes tú?

—Se llamaba Pedro de Montlaur.

—¡El mismo! ¡es él! dijo el marino anonadado.

Los testigos de escena tan penosa permanecieron inmóviles y mudos, sin sospechar la causa de la profunda pena que agobiaba al honrado y valeroso marino.

Por fin su esposa interrumpió aquel silencio difícil, preguntando con temblorosa voz:

—¿Y.....qué ha sido de él?

—Pedro de Montlaur, contestó Pablo con tono grave y hondamente triste, pues se iba desvaneciendo su última esperanza, murió durante la guerra de Crimea.

—Si.....murmuró el marino; sí.....¡es él!..... Fué en 1855.....¡Qué fatalidad!

Y sin decir una palabra más, estuvo largo rato con las miradas fijas en el suelo sumido en pensamientos misteriosos y absorto en sus recuerdos.



Principio de la Avenida Sur al Este de la Plaza Bolívar

Cuando aquel hombre enérgico y probado, cuando aquel marino que cien veces había visto la muerte cara á cara levantó al fin los ojos, los tenía llenos de lágrimas.

Se acercó á Pablo, estrechó sus manos fuerte y afectuosamente y sin soltarlas le dijo :

—¡ Pobre hijo mío ! ¡ hijo de mi alma ! ¡ ese casamiento es imposible !

—¡ Ay ! Pablo esperaba ya esa terrible sentencia, la temía y estaba acongojado ; pero comprendió que dando salida franca á su dolor agravaría la pena de su padre.

Apeló á todas sus fuerzas, y después de haber correspondido respetuosamente al apretón de manos de su padre, salió pausadamente para dar libre curso á la inmensidad de su aflicción.

El marino se había puesto otra vez á pasear, sin ver siquiera á los que le rodeaban.

Un rumor de sollozos que llegó de pronto á sus oídos le sacó de sus tristes reflexiones.

La niña refugiada, escondida en los brazos de su madre, lloraba á lágrima viva.

La pobrecita se había enterado de todo y compartía el dolor de los demás.

Su padre hizo un gesto de contrariedad :

—¡ Cómo dijo, ¿ la niña estaba presente ? ¿ En qué estaba yo pensando para hablar así delante de ella ?..... Hijita mía, agregó eujugando los ojos de la niña, consuélate y no llores ; ¡ basta lo que yo padezco !

Aunque la niña tenía las lágrimas en los ojos, de buena gana hubiera preguntado :

—¿ Pero por qué padezco ?

No se atrevió, y se dejó conducir á su habitación de la mano de su madre.

Cuando ésta salía, su marido le advirtió en voz baja que volviera.

Tenía cosas muy graves que decir á su mujer y á su suegro. Estaba decidido á revelarles la clave del misterio doloroso.

CAPITULO XXIII

EL MISTERIO

Cuando la señora regresó á la sala, su marido se recogió en sí mismo unos instantes y luego tomó la palabra en estos términos :

—La escena trágica de que ustedes acaban de ser testigos, dijo á su esposa y á su suegro, exige ciertamente una franca explicación. Voy pues á darla. Es necesario que yo diga por qué es imposible el casamiento de mi hijo Pablo con la señorita Teresa de Montlaur, y por qué me han impresionado tan desagradablemente los informes que yo había pedido.

Si yo me opongo á esa proyectada unión, después de aprobada en principio por ustedes, es que el obstáculo que impide mi aprobación tiene suma gravedad.

Este preámbulo causó profunda impresión á la esposa del marino y al padre de ella.

Ambos comprendieron que iban á escuchar alguna cosa terrible y de consecuencias indelebles.

El capitán prosiguió :

—Es casi una confesión lo que yo tengo que hacer, confesión de una falta que tiene disculpa en muchos casos, pero que es imperdonable en el mío. No quiero decir que yo fuese culpable voluntariamente, ¡ no ! Me conocen ustedes lo bastante para no concebir esa sospecha. Pero si mi culpa fué involuntaria, eso no quita su existencia ; y por una fatalidad verdaderamente deplorable, viene hoy á recaer sobre mi hijo y sobre una joven inocente.

Es preciso que me refiera á los de mi juventud, para que sepan ustedes cual fué la falta mía que no conocen aún sino por sus funestos resultados.

Corría la primavera de 1855, y yo llegaba á Crimea á bordo del navío *Juan Bart*. Ibamos en comisión ; llevábamos órdenes y debíamos regre-

sar trayendo pliegos. Nuestra permanencia allá debía ser muy corta, la estrictamente necesaria.

Y sin embargo, ¡ fué demasiado larga para mí ! Una mañana, el 20 de mayo de 1855 ; ¡ fecha que no olvidaré jamás ! fui provocado por un alférez del navío *La Peyrouse*, quien por motivos fútiles me insultó gravemente.

Yo era su superior y hubiera podido castigarle con toda la severidad de las ordenanzas y los reglamentos ; pero un arranque caballeresco, por cierto ¡ ay ! bien sensible, me impulsó á pedirle una reparación espada en mano.

Era en tiempo de guerra. El lance debía quedar en el secreto. Nombramos nuestros testigos, dos cada uno, y nos batimos.

Al primer pase le toqué en el pecho.

Mi adversario cayó.

Mis testigos me alejaron.

Aquella misma tarde recibimos la orden de aparejar.

No supe más que una cosa : que el estado de mi infeliz adversario era gravísimo.

Volví á Francia profundamente afectado.

Me sonreía, no obstante, la ilusión de que aquel desventurado joven sanaría, cuando supe que había muerto pocos días después de haberme hecho á la mar.

El marino suspendió un momento su relato, con el cual sufría.

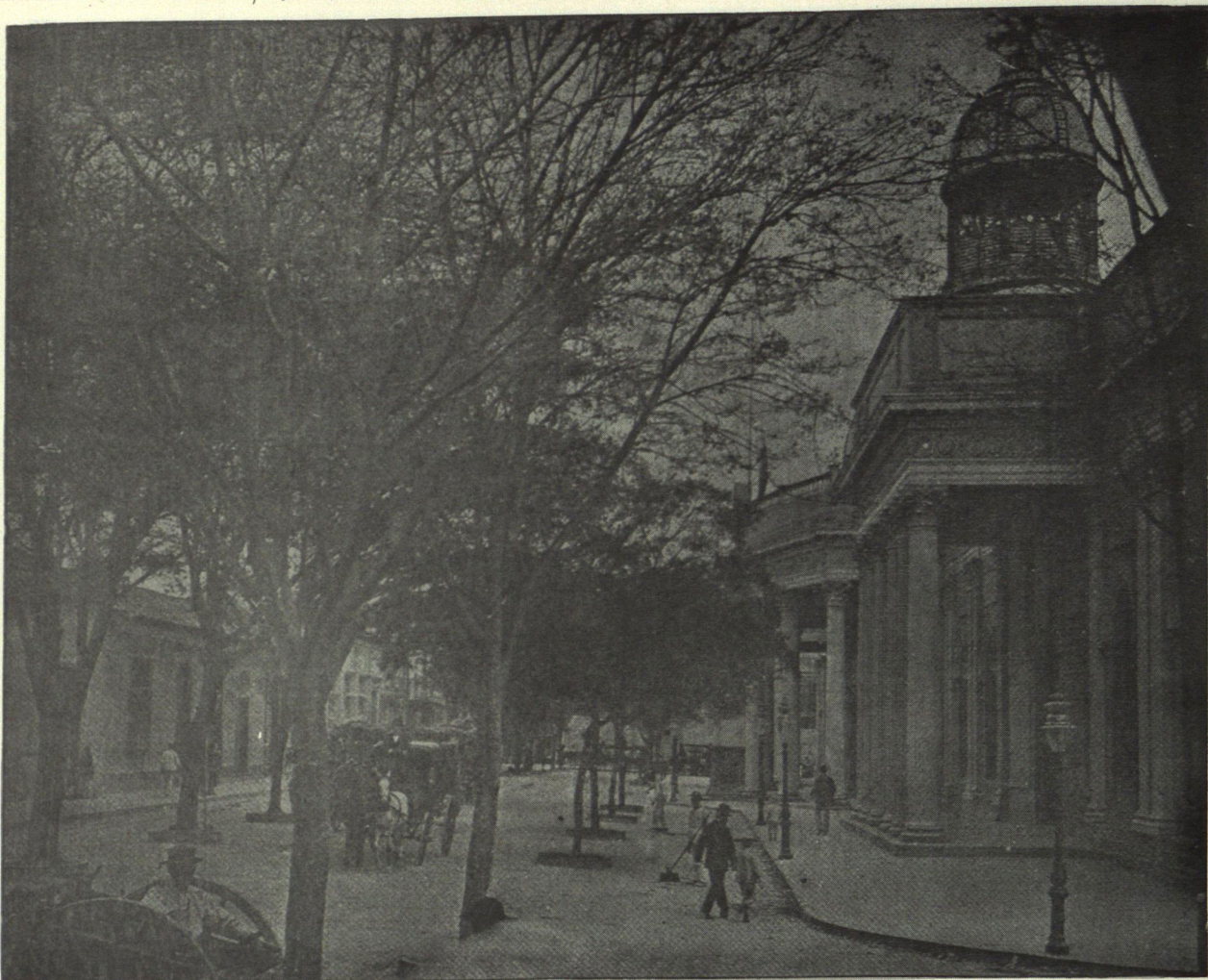
Evocaba aquella escena funesta en la que, por un motivo insignificante y ya olvidado, un hombre había perdido la vida.

Por fin levantó los ojos, volviéndolos á su mujer y á su suegro.

—¿ No han adivinado ustedes, preguntó, el nombre del desgraciado alférez de navío ?

Los dos interrogados inclinaron la cabeza.

—Era Pedro Montlaur, continuó el marino, hermano del padre de Teresa con quien Pablo quiere casarse. ¿ Comprenden ustedes ya por qué



Boulevard Norte del Palacio Federal en la calle Oeste 2

mi hijo no puede entrar en esa familia, en la cual ha habido una persona muerta á mis manos? ¿No ven ustedes que una alianza de las dos familias sería un sacrilegio?

La mujer y el suegro del marino permanecieron callados, pero su silencio era una aprobación de lo que él acababa de decir.

La señora se le acercó y le dijo con dulzura:

—Hemos comprendido tu dolor antiguo y tu dolor reciente, mi querido esposo; lo hemos comprendido y te compadecemos de todo corazón.

—¡Ay! respondió el marino, al pobre Pablo es á quien hay que compadecer ahora. ¡El paga injustamente las faltas cometidas por su padre!

—Si, dijo entonces el abuelo, merece lástima Pablo y algo también su hermanita. Ya habéis visto hace poco adonde llega su sensibilidad. Adora á su amiga Teresa, y convendría engañarla desde mañana cuando se despierte, haciéndola creer que el casamiento no está deshecho de un modo definitivo, sino aplazado por dificultades momentáneas.

—Tiene usted mucha razón, le contestó su yerno. ¿Quiere usted encargarse de ese asunto? ¿Quiere usted, además, hacerme el favor de notificar el rompimiento á la señora de Montlaur?

El suegro se inclinó en señal de asentimiento. —¡Mala noticia para esa buena señora! exclamó la esposa del marino. ¿Qué vas á hacer, papá? ¿qué le vas á decir?

—¡La verdad! contestó el viejo con calma y con firmeza.

—¿La verdad? repitió su hija interrogativamente y de veras asustada.

A la respuesta firme de su suegro, el marino había hecho un gesto como para interrumpirle ó aconsejarle otra cosa; pero acudió la reflexión en ayuda. Y sólo dijo, dirigiéndose á su mujer que aguardaba su resolución:

—Tu padre dice bien: ¡Lo mejor es la verdad!

—Decir siempre la verdad es la mejor de las políticas, dijo el anciano con el aire de un hombre que ha tenido tiempo y ocasiones para conocer la vida. En circunstancias como ésta, la verdad es más útil que los pretextos más ingeniosos y hábiles; y siempre es más fácil decir la verdad desnuda que una mentira cualquiera, aunque sea fútil.

Se convino, pues, en que el abuelo tranquilizaría á su nieta al otro día y en que á Pablo se le enteraría de todo. Él comprendería, y de seguro había de contribuir á desvanecer en su hermanita lo que pudiera ser una impresión peligrosa. Por último, el viejo vería á la buena señora de Montlaur.

A la mañana siguiente, muy temprano, recibió el abuelito la visita de su nieta.

Se presentó la niña con los ojos encendidos y un poco hinchados; se conocía que había llorado mucho. No acarició á su abuelo con la alegría y animación de costumbre; su corazón estaba triste.

El abuelo, por el contrario, afectó un sosiego y un buen humor que no recordaban la escena de la víspera. Al momento se había hecho cargo del estado moral de su idolatrada nieta, y juzgaba prudente y saludable llevarla con suavidad á más risueñas ideas.

Muy admirada la niña del buen humor de su abuelo, se preguntó si habría ella soñado. Le parecía imposible que un abuelito como el suyo pudiera estar contento después de lo pasado, y acabó por asediado á preguntas después de vacilar algún tiempo.

—Abuelito, ¿se ha arreglado todo?

—¿Qué es todo? preguntó el anciano con indiferencia, fiel al plan que se había trazado.

—Pues lo que tú sabes..... eso de ayer..... ¿no se había desbaratado el casamiento de Pablo con Teresa?

—¡Ah! ¿es de eso de lo que hablas?

—¡Por supuesto!

Y la niña se preguntaba qué otra cosa podía preocupar á su abuelito en semejante ocasión. No le parecía posible que hubiese otro asunto serio. Y así esperaba una contestación con singular ansieda.

—¡Bah! replicó el abuelo con negligencia afable, si no se ha arreglado eso, como tú dices, pronto se arreglará.

—¿De veras?

—Sin duda. Anoche hablamos largamente con tu papá, cuando tú te habías acostado, y hemos convenido todos en que sus temores eran muy exagerados. Todos estos disgustos pasarán en breve, tú verás.

—¿Y Teresa se casará con Pablo? interrogó la niña mirando á su abuelo fijamente.

Ella anhelaba una respuesta categórica, sospechando en su inocente malicia que el viejo la engañara.

Se concibe el embarazo en que estaba el abuelito. Había reclamado el derecho de decir la verdad á la señora de Montlaur; pero la misma verdad, dichas sin precauciones á una muchacha tan sensible como Susanita, podía causarle una penosa y duradera impresión. Era preciso llevarla al conocimiento exacto de los hechos, con muchos miramientos y por gradaciones.

Hé aquí por qué contestaba de una manera evasiva á las terminantes preguntas de su nieta.

—¡Vaya! ¿por qué no ha de casarse Teresa con tu hermano, si los obstáculos de que hablaba tu papá desaparecen al fin? Tú sabes perfectamente que tus padres desean la felicidad de Pablo y harán por conseguirla cuanto puedan. Por lo tanto, hijita, no hay que apurarse y esperemos.

—¿Hemos de esperar mucho tiempo, abuelito?

—Cuanto menos sea, mejor.

Continuará



Boulevard Este del Palacio Federal en la calle Sur 2

MADRILEÑAS

(Y MADRILEÑOS TAMBIÉN)



EMILIA PARDO BAZÁN

—En el tercer palco, primera fila—me dijo Sánchez Pérez, contestando á mi pregunta y ofreciéndome. á la vez, sus diminutos gemelos, con los cuales escudriñé medio incorporado en la butaca, aquella fisonomía de mujer rebosante de vivacidad.

Era doña Emilia Pardo Bazán, la dama á quien inspeccionábamos Sánchez Pérez y yo.

Vestía ella elegantemente de negro: á trechos de la empolvada y artística cabeza algunos brillantes le resplandecían fugitivos, como rayos, y el abrigo de pieles, al descuido, se le iba desbordando en aterciopeladas ondulaciones por sobre los hombros desnudos.

A la verdad, que encontré hermosa aquella noche á Doña Emilia.

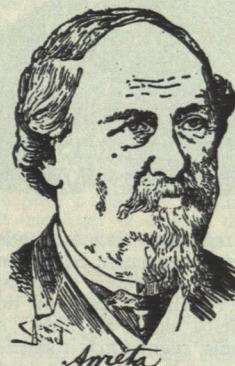
Mirándola á través de los cristales del chisme, miraba también con los ojos de la imaginación todo el flamante mundo literario de ese prodigio "femenino." Esa noche repito—la encontré áurea como su estilo; deslumbradora como su prosa.....

Párias hay que rendirle á esa bizarra escritora, á esa gentil modernista que ha paseado victoriosamente por todas las radiosas sendas de la notoriedad: "desde las ciencias del cálculo, según Menéndez Pelayo, hasta las ciencias naturales; desde la historia hasta la filosofía y desde la especulación mística hasta la novela realista."

Empero al anunciarme, no sé quién, que la ilustre dama había escrito una comedia y que esta se ensayaría en breve, lo apellidé acontecimiento—monstruo; porque es un acontecimiento que, á mi pesar, me hace prorrumpir en lamentaciones. Doña Emilia cuentista es inimitable; doña Emilia—dramaturgo, no cumplirá como Dios manda. En sus cuentos hay algo de Maupassant y algo de Ma-drazo—si vale comparar la literatura con el arte pictórico—pues ella pertenece á la falange lírica de los estilistas franceses y al luminoso ejército de los coloristas españoles. Su prosa es afiligranada con atildamientos clásicos; poco fluida, á veces, se me antoja artificiosa, pero tan llena de erudición, tan rebuscada de frases esculturales, tan maravillosa en conceptos, que la producción resulta siempre inspirada, rica, y vibrante. En una palabra, Emilia Pardo Bazán es una estilista audaz como Zola en los *Rougón*; laboriosamen-

te pulida como Flaubert en *Madame Bovary*; exuberante como los Goncourt en la de *Maupérin*; apasionada como Daudet en *Sapho*; y regia y pomposa como el más pomposo y regio de los escritores hispanos. Por eso, por nutrida de lectura de eruditos, de filólogos y de médicos, alardea de tan férreas ventajas y hace con frecuencia literatura con vistas á la *patología* y á la *criminalología*. Es lo único que en la irsigne escritora no me convence. ¡En los Balzac, bueno; pero en las Jorge Sand!.....

**



Amata

Viejo ya y cansado ha muerto el maestro Arrieta, el admirado autor de *Marina*. Le acometió una parálisis ha más de un año, y esto no obstante el ilustre anciano refía batallas desesperantes con la terrible dolencia empeñado en asistir al Conservatorio.

Cuenta un periodista que la víspera del triste suceso, el Maestro, recordando sus días felices de estudiante, en Italia, le relató su conocimiento con Donizzetti, en estas sencillas palabras:

—Salimos de paseo una tarde los alumnos del Conservatorio, acompañados del director de la Escuela, cuando en una de las principales calles de la ciudad nos encontramos de manos á boca con el autor de la *Lucia*.

Nos quitamos los sombreros en señal de respeto y el célebre maestro, descubriéndose también su hermosa cabeza, nos dijo en tono por todo extremo cariñoso:

—¡Addio, bella armata armonica!

Arrieta acababa de comer cuando el último violento ataque lo postró en el lecho de donde no volvió á levantarse. Una coincidencia digna de mención: la cama donde espiró, es la misma en que ha diez años moría para las glorias literarias de España, el insigne poeta Don Adelardo López de Ayala—con quien colaboró Arrieta en multitud de zarzuelas.

Sus principales obras son: *La Guerra Santa*, *El Planeta Venus*, *La Estrella de Madrid*, *El Grumete*, *Marina*, *Llamada y Tropa*, *La Dama del Rey*, *El Capitán Negrero* y *La Sota de Espadas*, sin contar con una infinidad que se me quedan ahora en el tintero.

Dícese que la música de Arrieta no es nacional, si que italiana; y en efecto aquellos aires de *Marina* tan fluidos, tan serenos, de tan raras y dulces vibraciones, que se deslizan en el oído como jadeantes y vagos rumores de arroyo, son los ecos melancólicos de Italia, no los alegres francos y comunicativos, impregnados de calor y regocijados de risa, que brotaban como estallidos de bandurrias, de la batuta de Barbieri—que también se murió—En la rica gama de Arrieta faltaba una nota: la festiva..... Quizás por esto, porque amaba lo triste como el ruiseñor el silencio de la selva, fué una víctima de la indiferencia de su patria; y el buen Arrieta saboreó prolongadamente esta amargura que, unida á la ingratitud de sus amigos, contribuyeron á crearle aquel carácter sombrío y receloso de sus últimos años de vida. El drama de esa vida tiene un protagonista abrumador: la parálisis.

**



En todo ese repertorio francés, donde brilla, entre las primeras, la primera Sarah Bernhardt; en todo ese mundo dramático de Dumas y de Sardou, María Tubau me resultaba deficiente: á la actriz le faltaba algo á mi juicio; algo que yo no comprendía cuando más tomé á empeño fingírmela inmensa. Y ya estuve yo á punto de lamentar mi decepción, cuando se anunció, con bombo y platillo el estreno de una Comedia de Ceferino Palencia, un autor de muchos bríos que, á lo mejor, se dejaba la lira allá, en un rincón del gabinete, para ejercer de Empresario.

Como quiera que voy á referirme á uno de esos acontecimientos singulares, y sobre singulares extraordinarios en la vida de una actriz, he de hacer la siguiente aclaración: María Tubau es la esposa del autor de la Comedia, [de Palencia], quien á su vez se titula empresario del Teatro. Este doble ó triple aspecto de interés, tenía para el público de Madrid el estreno aquella noche y por ende el gallardo coliseo presentaba un golpe de vista regio y flamante.

El final del primer acto se coronó con una tempestad de aplausos; en el segundo vacilaba la comedia y en el tercero se venía abajo con todas sus tiradas de estrofas y de ripios. Decididamente era un fracaso, á ojos vistas. La Tubau comprendió al instante el peligro: su papel de protagonista poblado de crudezas y de audacias capaz era de rendir á la actriz de más vigorosa voluntad.

Figuraba una mujer de la nobleza, despreciada por un amante; y para vengar esta deshonra el tutor de la dama—muy diestro en el manejo de las armas—finge batirse con aquel hombre: el tutor debía disparar al vacío; pero allí, cerca, á diez pasos de la quinta donde vive la dama.

El silencio del público es solemne; está como embargado por esa especie de pavor que infunde en el ánimo la proximidad de la catástrofe...

Allá, en el fondo, se divisan los duelistas, entre los árboles: el tutor dirige el cañón de su pistola, recto, á la frente de su adversario.... es el momento supremo; y entonces aquella mujer, inspirada, hermosa, plétórica de odio, hambrienta de venganza, pálida de dolor, con el cabello suelto, la boca contraída, la mirada fulminando rayos olímpicos y las alas de las narices abiertas como olfateando ya la sangre que ha de brotar de la cabeza del infame, cruza como una flecha la escena y suspendiéndose sobre la barandilla de la ventana, con un acento de desesperación inenarrable, trágico y vibrante, lanza este grito sublime:—¡Tutor, tutor, mátale!.....Y á este grito eminentemente épico; respondió el público con otro no menos portentoso. Fué un estallido de aplausos, un estrépito de bravos como jamás otorgó Madrid á una actriz por insigne que ella fuese.

María Tubau no sólo luchaba allí por el honor de autor de su marido, si que también por la Empresa; por su fama de eminencia; y por todo un mundo de esperanzas cifradas en el éxito feliz de la comedia: la Tubau acaba de probar que merece el colosal renombre que, como primera actriz de España, le viene consagrando de antiguo el mundo teatral.

**

Conozco muchos escritores que al regresar de España, pongo por caso, á Venezuela, afirman con énfasis, para darse pisto, que una noche comieron con Castelar; que otro día estuvieron mano sobre mano, en un café, con Don José Echegaray; y que, á veces dormían la siesta en la cama de Menéndez Pelayo, con quien llegaron á tener amistad de tuteos.....y majaderías por el estilo.

Yo no soy tan necio; y cuenta que por mi "carácter de revistero" soy de los más favorecidos en eso de amistades literarias en Madrid; mas de los tres grandes escritores que he citado, los dos que me dispensan el honor de saludarme cuando me encuentran, [y ello muy fina y cortesmente sin charloteos ni confianzas] son Echegaray y Menéndez Pelayo, á quienes me presentó, en el Ateneo, Salvador Rueda. A Castelar apenas si lo conocí al vuelo, que me lo mostraron una noche en la Castellana; pero yo quería mirarlo de cerca y me estuve más de dos horas apostado frente á la casa del marqués de Urquijo, donde entró esa tarde Don Emilio. Era una calle harto populosa; la calle de la Montera, la gente, al pasar me atropellaba; un señor muy gordo que parecía un elefante, ocupó toda la acera y me dió un "barrigazo;" y una chula que se iba quebrando la cintura, hízose la encontradiza, y después de tropezarme me llamó *ño pelma, poste!*.....etc. Pero yo, que si quieres, no me moví hasta que salió mi hombre.....



Y esto es Castelar? ¡Pues el Castelar que yo he visto en los periódicos es otro!

Don Emilio en *estampa* es una figura, vamos! una figura heroica, con sus retorcidos bigotes negros y su perfil griego que maravilla; el que yo he visto es un moreno más bajo que alto, con bigotes canosos y con el ancho entrecejo acentuado, cuya gravedad corrige la vivacidad de su mirada.

El error más craso que se puede cometer es juzgar de las fisonomías por el claro-oscuro de un cartón fotográfico: las esfumadas tintas no llegarán nunca á pagar su tributo de luz á las pupilas ni su homenaje de vida á las facciones. Cuando ví que salía Castelar me clavé de firme en el sitio y abrí mucho los ojos, ávido de curiosear los menores detalles de aquel que, como Napoleón, ha fatigado la historia con su nombre. Se acercó con un *pasito* ligero, atropellado; ya cerca, muy cerca, lo miré de nuevo con insistencia.....y con lentes; con la misma fijeza que él debió mirar la gloria antaño cuando sus compañeros de Universidad le llamaban Emilio, á secas.

Observé que Castelar tiene la particularidad de la sugestión; con su fisonomía simpática y su mirada ardiente atrae, más claro: hipnotiza.

Aparte observaciones psicológicas—la verdad es que don Emilio es hombre sólido: lo digo porque hay quien le moteje sus impulsos gastronómicos, por los que se dejó arrastrar, de joven, según me informan.....y ahora también.

Claro! A fuerza de hablar y de poner la imaginación en tortura, sin alimentos nutritivos; y á fuerza de pésimos manjares, quizás—ó sin quizás—Don Emilio Castelar no habría sido el primer orador del mundo ó habría pasado como uno de tantos escritores de "reputación," pero sin méritos positivos. Y yo creo firmemente que el mérito positivo en literatura, lo constituye el alimento: á mí nadie me hace tragar que Cervantes estaba en ayunas cuando terminó el *Quijote*. Mientras haya patronas que nos den patatas lividas sumergidas en salsa negra, y carne apergaminada nadando en aceite verde, créanlo ustedes, no hay inspiración, ni ingenio, ni frases nuevas, ni nada! mejor dicho: mientras haya patronas yo no creo en Dios.

Tornando á la formalidad, confieso que he necesitado de todos estos arides y artimañas para trazar esta silueta al lápiz. Ella es preferible á otra cualquiera preñada de ditirambos y de hipérboles: para hipérboles y ditirambos, él, Castelar, que deslumbra siempre de puro luminoso. Lo que le han criticado! Ahora, dicen que está escribiendo cada artículo que despampana por enmarañado y palabrero; y aunque yo no comulgo en tales ideas comprendo que como literato, abruma, á veces. Mas como orador ¿quién es osado á criticarle, ó quién se atreve á regatearle la elocuencia?..... ¿Quién traduce esa música de avasalladora dulzura, que nutre el aire de armonías edénicas, de temblorosas vibraciones de alma, que suenan como á gorgeos de pájaros, como á rumores de estrellas, como á voces de vírgenes que dialogan con el cielo?.....

Nó: A Castelar hay que oírlo. Es el ruiseñor con alas de águila: ¡el ruiseñor de la Historia!....

En sus oraciones pasan aleteando las melodías de Offenbach y las ternuras de Lamartine..... Si Castelar hablase en medio de una selva, por bóveda de templo el cielo, por gloriosa tribuna la peña desnuda; si su voz, cabalgando sobre las corrientes impalpables del aire, fuese repercutiendo á través de los bosques augustos, de caverna en caverna, y rodase hasta perderse en el vago centelleo del horizonte, sin que moviese á milagro, puede decirse—escudados por la hipóbole—que á la soberbia sinfonía de su elocuencia, se ypondría ebria de vida la naturaleza; los pájaros cantores revoloteando sobre las copas de los árboles vendrían á estudiar su ritmo no aprendido y las flores salvajes, abriendo sus pétalos hurafios, se buscarían para besarse las corolas desmayadas de amor!..... Cada rama, cada arbusto, cada hoja de árbol; la tierra inculta y la montaña inmóvil, todo lo insensible ó muerto, se despertaría palpitante de impulsos, de voluntades y de alma.

MIGUEL EDUARDO PARDO.

Madrid: 1894.

NUESTROS GRABADOS

Pbro. Dr. Nicanor Rivero

Son fenómenos de fatalidades fisiológicas, en las que el alma, sobrecogida de improviso por la rebelión de la materia, queda como amedrentada, sin acción para las eficacias del bien.

Suponed ese gran cerebro, laboratorio de ideas útiles, dúctil sólo á las imposiciones del deber. ¿Cuál su fin? La apoteosis con sus remuneraciones más brillantes, el aplauso y la admiración de las edades. ¿No estaba conformada esa cabeza para tales ruidosos triunfos? Es posible que la clara luz del día se apague de repente y para siempre? Y no es la inteligencia sol fecundo, que vá dilatando sus destellos hasta la consumación de la vida?

Qué tristes son estos ocasos repetidos que van hurtando á la inteligencia su calor, poniendo sombras donde imperaba creadora fuerza, para que luego en la espectación de lo inexplicable, surja la excusa de la mísera condición de los humanos!

Un tributo de cariñosa recordación es el que rinde EL COJO ILUSTRADO reproduciendo en sus columnas la fisonomía de un sacerdote que fué honra de la literatura y de la Iglesia.

Orador valentísimo, educado en la adversidad y formado en élla, parece que ese mismo aislamiento en que vivió, esa misma humildad de su origen, fueron en él poderosísimo aliciente para escalar todas las cumbres del estado profesional que había abrazado.

Y ha muerto, batallador infatigable, en rudo combate con la suerte.

Fué una vida para la que no tuvo sonrisas la alegría. Sería y profundamente triste, se proyecta desde la cuna á la tumba, como un misterio de explicaciones insondables.

Estudio por Alexander Liezen

Cuántos corazoncitos adolescentes habrán dado un brinco de sorpresa con la sencilla elocuencia de ese cuadro! Quién á la edad de las risueñas fantasías, no ha soñado alguna vez con un despertar semejante? Edad feliz y tan pronto como pasa! Hosca y mal humorada tórnase el hada que tan dulces ensueños proporciona y para el afán de la vida sólo quedan otras distintas realidades.

Guillermo Fernández de Arcila

Comenzó en Caracas sus estudios de Bellas Artes bajo la dirección del maestro Pineda, cantando varias veces en los teatros en conciertos de beneficencia. También cantó en cierta ocasión el papel de *Pipo* en la *Mascotta*.

Hoy estudia declamación y canto en Madrid, pensionado por el Gobierno. Ha obtenido en todas las asignaturas el título de sobresaliente y el primer premio *in solidum* en el concurso del Conservatorio.

En Arcila puede fundar una esperanza nuestro Teatro Nacional.

La Administración pública no ha sabido aprovechar hasta ahora, en beneficio de la nación, la munificencia que ésta dispensa á sus hijos eminentes.

Se les favorece con la instrucción que necesitan, pero se les abandona luego sin ofrecerles la ocasión de aplicar los conocimientos que adquieren, de difundirlos y transmitirlos en el mayor número de sus compatriotas.



GUILLERMO FERNÁNDEZ DE ARCILA

Por eso que sea obra de espontáneos y particulares esfuerzos lo poco que nos acercamos al movimiento artístico, científico é industrial modernos. Por eso que otros países aprovechen—como ya se ha visto—la erudición y los talentos de venezolanos educados para que fueran en nuestra tierra maestros de las cosas que aprendieron.

Vistas de Caracas

Las ocho que hoy reproducimos en EL COJO ILUSTRADO son copias de fotografías tomadas por el acreditado fotógrafo señor Lessmann.

Ellas recomiendan el taller de ese joven laborioso, los aparatos de que dispone, y su adelanto en ese arte.

Nosotros le felicitamos y estimulamos á continuar solicitando para su empresa todas las mejoras que la lleve á la mayor prosperidad y crédito.

Lelio Casini

BARÍTONO DE LA COMPAÑÍA DE ÓPERA

Justamente estimadas por el público, que ocurre á buscar solaz en el Municipal, las dotes de cada uno de los artistas que componen la Compañía, huelgan en estas notas, por tardíos, todos los comentarios que nos propusiéramos.

José María Aveledo, hijo

Fué éste el joven que perdió ambas piernas por un accidente en el Ferrocarril de Maiquetía á Macuto en el año de 1891.

En Agosto de 1893, se embarcó para los Estados Unidos del Norte con el propósito de remediar su invalidez en el acreditado establecimiento de los señores A. A. Marks, de Nueva York. El

grabado que presentamos hoy da perfecta idea del buen éxito de su viaje.

El joven Aveledo, al traernos la fotografía, nos ha recomendado muy especialmente dar, á su nombre, las más cumplidas gracias al señor Presidente de la República, al comercio de Caracas y La Guaira, á la prensa venezolana, á la Compañía Sendra y Roncoroni y á los compatriotas residentes en Nueva York, que tan generosamente le ayudaron á remediar su dolencia.

Por nuestra parte felicitamos al joven Aveledo.

En la ópera

Cuatro dibujos á la pluma van en este número en la sección de *Actualidades*. Son obra del mismo señor don Eugenio Méndez y Mendoza, que por lo visto es bien capaz de ilustrar de manera chispeante las producciones con que nos favorece para EL COJO ILUSTRADO.

Rogamos pues á nuestro apreciable amigo y corrector nos haga la merced de sorprendernos con frecuencia de igual modo.

Para concluir

Acuciosa esta empresa en la solicitud de vistas del interior, ha recibido una serie de las más importantes de la ciudad de Barquisimeto y de haciendas del Tocuyo, entre estas últimas una de la hacienda "Las Tapias", del señor Ramón Eli-zondo.

Se publicarán próximamente.

Así mismo están en preparación los retratos de los nuevos Ministros Doctor Urbaneja, Lutowsky, David León y General Núñez, no haciéndose la publicación de los restantes por estar ya publicados en este periódico.

ACTUALIDADES

POR EUGENIO MÉNDEZ Y MENDOZA

Pasaron los días fríos, pasó la excitación producida por los sucesos de Ferrenquin, pasó la expectativa en que mantuvo al público la instalación del Gobierno Constitucional, pasó la Semana Santa; todo ha pasado, menos la obligación del cronista de hallar sucesos con qué ocuparse para entretener á los lectores.

A cualquiera le doy, y ya tendrá para buen rato, el problema que le ocurre resolver con tanta frecuencia á los cronistas. Dispone usted las cuartillas, prueba la pluma, se asegura del suficiente contenido del tintero, coloca delante de sí la cartera llena de notas, enciende un cigarrillo y..... manos á la obra. La primera nota es sobre una ocurrencia baladí que no da asunto para cuatro líneas: testada. La segunda es sobre un hecho referido y comentado y vuelto á referir y á comentar, y en suma agotado por la prensa diaria: hay que testar la nota. La tercera se refiere á cuestiones políticas: materia vedada. Así sigue usted leyendo y testando hasta el fin; y en llegando á él se queda usted haciéndose surcos en la frente con el extremo del porta-plumas, fija la vista en las vírgenes cuartillas y frente á frente del gravísimo problema; y en esta situación me tienen ustedes, amables lectores, en el momento presente. Mas, dícese que hay un dios para los enamorados y yo acabo de adquirir la certeza de que hay otro para los cronistas en aprieto. Este acaba de introducirse sin ceremonia en mi estudio bajo la forma de un buen amigo mío, muchacho alegre, decididor y bromista de buena ley que familiarmente ha tomado asiento á mi lado y mete las narices en el escritorio para ver lo que hago, preguntándome en qué me ocupo.

—Ahí es nada! Figúrate que me encuentro con que no puedo aprovechar ni una de mis notas para las *Actualidades* de EL COJO ILUSTRADO.

Sin contestarme, mi amigo echa mano á la cartera, recorre las notas de una ojeada y concluye preguntándome. ¿Por qué no hablas de la muerte del Padre Rivero?

—Porque ya se ha dicho lo bastante y mucho más de lo bastante en los diarios. Además, el asunto es de suyo delicado y triste por extremo; y yo no quiero ocupar la atención de mis lectores en lo que no sea ameno, encaminado á llenar, cuando sea con insustancialidades, el paréntesis que ellos quieran poner en medio de su graves atenciones ó de sus posibles sinsabores.

—¿Es decir que callas un suceso tan ruidoso, tan significativo, tan propio para desarrollar rica argumentación en apoyo de esta tesis: el suicidio es acto negativo del uso de la razón?

—Calla—Dejemos que el sabio levita, el elocuente orador, el abnegado apóstol, el virtuosísimo y hasta ayer desgraciado sacerdote, duerma el sueño de la eternidad. Guardemos con profundo respeto el recuerdo de su glorioso y amargo paso por la tierra!

—Está bien: punto y aparte. ¿Porqué no dices nada del aguacero que le ha caído á Julio Calcaño con motivo de los huecos pinos y de la *Bohemia literaria*?

—Porque si le doy la razón á Don Julio cuando la tiene, puede alcanzarme algo del aguacero y lo mejor en tales casos es aquello de *á casita que llueve*; y si no le doy la razón al académico cuando no la tiene, pierdo el tiempo porque no me oye, porque, sobre ser sordo, con frecuencia no quiere oír. Ya sabes que esta es la peor sordera según el proverbio. Apostemos cualquier cosa á que no me oye si le grito en las orejas que yo nunca he hecho crítica literaria. El lo sabe como nadie, pero se le antojó que yo le había tirado una china en uno de mis artículos anteriores y me la contestó diciendo que yo cuando escribía crítica era sólo para alabar. *Se non e vero e ben trovato*, porque, á fé que no me gustaría hallarme hoy en su lugar. Figúrate: un pellizco por aquí, un tirón por

allá, un pinchazo de este lado, un codazo del otro—Bueno es tener presentes siempre los consejos de Don Quijote y maese Pedro al muchacho del titerero: «¡Niño, niño! dijo con voz alta, á esta sazón, Don Quijote; seguid vuestra historia, línea recta, y no os metáis en las curvas ó transversales; que, para sacar una verdad en limpio, menester son muchas pruebas y repuebas. También dijo maese Pedro, desde dentro: Muchacho, no te metas en dibujos, sino haz lo que ese señor te manda, que será lo más acertado: sigue tu canto llano y no te metas en contrapuntos, que se suelen quebrar de sotiles.»

—Buena está la cita. No te metas, pues, en dibujos ni contrapuntos y dime por qué no dices algo sobre la ópera.

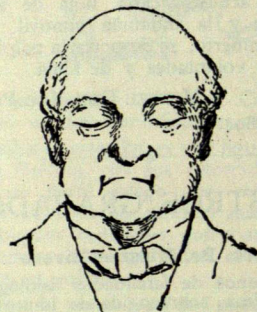
—A eso voy. Te doy las gracias por la indicación y lárgate que vas á estorbarme; pero..... no..... quédate y dame tu mismo los informes que necesito, porque estoy algo desorientado en lo que se relaciona con el asunto.

—Empezaré por decirte que Jesús Ma Suárez ha sido nombrado Director artístico.

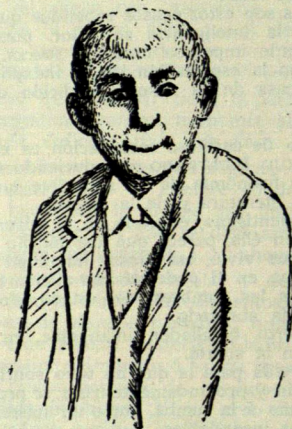
—¡Magnífico! No puede ser más acertada la elección. Inteligencia, contracción, honradez, circunspección, cultura, nacionalidad, todo se reúne en el excelente amigo para garantizar el éxito lisonjero que habrá de alcanzar la nueva dirección. Aplaudó muy de veras el nombramiento, porque conozco á Suárez y le estimo en cuanto vale. Con mis aplausos van los muy sinceros de EL COJO ILUSTRADO y celebro de todo corazón las notaciones de buen sentido como la de ese nombramiento. ¿Y el abono?

—Supongo que los abonados antiguos continuarán en el nuevo abono; pero le ruego á Dios que se retiren cuatro que constituyen mi tormento, mi pesadilla desde que se inauguró la temporada; mis cuatro vecinos: el de la derecha, el de la izquierda, el delantero y el de atrás. El primero es don Rufo, amante has-

de seda del smokin, el pelo cortado á manera de desollinador, los bigotes aguzados en los extremos á poder de retorcimientos con ayuda de pomada húngara; no da paz al binóculo, asestándolo ya á la derecha, ya á la izquierda, ahora adelante, ahora atrás, unas veces arriba, otras abajo; y siempre recostándose de mí y apesándome con el "Thorrel" de la cabeza, las "Brisas de Francia" del pañuelo, la "Pommade hongroise" de los mostachos, el "níspero" de la boca y el "olor á botica" de no sé donde. El vecino de atrás, don Melquíades, que entiende tanto de música y de italiano como yo de echar medias zuelas y no bien comienza la ópera cuando empieza Don Melquíades á poner ojos de carnero degollado;



y luego á roncarse al unísono con el contrabajo. La da en despertarse sobresaltado á cada aplauso y á cada estampido del bombo, con lo que se le caen el sombrero, el paraguas, la caja de rapé, la de las gafas, ocupando y molestando en recoger los chismes á todos los vecinos. Pero ninguno como Pepito, el vecino de delante, que se lo pasa de pie, impidiendo ver á los de atrás, atento sólo á



las medias coloradas de las coristas, á las mallas de las artistas que hacen de hombres; y en especial y sobre todo á las nubes de tul de las bailarinas. Te aseguro que si estos cuatro vecinos toman nuevo abono, cambio de asiento.

No dijo más el amigo, ni agrego yo nada por no cansar á ustedes.

MEMORIAS

Acompañadas de atenta nota hemos recibido de los distintos Ministerios ejemplares de las Memorias presentadas por ellos al Congreso de 1894. Agradecemos á los señores Ministros el importante obsequio.

PERMANENTE

EL COJO ILUSTRADO agradecerá mucho se le remitan para la publicación en este periódico, fotografías de vistas, paisajes, edificios, etc., etc., de Venezuela.



ta la pared de enfrente de la filarmonía. Vá á la ópera única y exclusivamente por la música; y lo mismo es dar el director de orquesta el primer batutazo, que emprender el buen señor una de suspiros y quejidos, y de ¡Oh! y de ¡Ah! que no me deja oír y me revienta. El vecino de la izquierda, perfecto dandy que va sólo por las damas y para las damas, rigurosamente vestido de negro, brillantes las vueltas



EL MILLON DEL TIO RACLOT

POR

EMILIO RICHEBOURG

Continuación

—¡Ah! ¿Ese viejo miserable, canalla, infame, usurero, va á casar á su hija?

Oyendo estas palabras experimentó la joven una sensación, cual la que produciría un rudo golpe dado en el pecho; durante un momento perdió la respiración; luego, indignada, estuvo á punto de darse á conocer á aquellos dos hombres que de tal modo se permitían injuriar á su padre. Mas faltáronle las fuerzas, y, temblorosa, oprimida, sintiéndose ahogar por los sollozos, dejó escapar un suspiro é inclinó la cabeza.

—Nada tengo que decir de la hija de Mathurin Raclot, prosigió Estanislao, porque no la conozco; púsole su padre en un colegio de la ciudad para hacerla toda una señorita. Por cierto que no le ha salido caro. ¡Como que la pagaba con bolsillo ajeno! De pequeña era Marta una criatura deliciosa, y quiero suponer que hoy vale más que el perillán de su padre.

—¿Con quién se casa?

—Con D. Jorge de Santenay.

—¡Diablo! ¡Un noble!

—D. Jorge de Santenay es ingeniero de Caminos, y su padre un bravo General que se halla de cuartel.

—¡Buena boda! Para que ese avaro de Raclot pueda casar tan bien á su hija, preciso es que le dé la mitad, por lo menos, del dinero que ha robado. Sacarle dinero es asarlo vivo. ¡Si reventase siquiera!..... Pero no hay cuidado; guárdase bien el diablo de retorcer el cuello á tales miserables. ¡Ah! Sólo prosperan los bribones.

Marta escuchaba febrilmente agitada, cubierta de rubor la faz.

—¡Qué más da! continuó el terrible Estanislao; ese don Jorge no es muy escrupuloso. Cuando se tiene un corazón honrado, no se toca el dinero mal adquirido ni se casa uno con la hija de un Raclot. Mas ¡ya se ve! hoy sólo impera el dinero; ¿qué no se hará por él? Es triste, desgarrador, pero indudable.

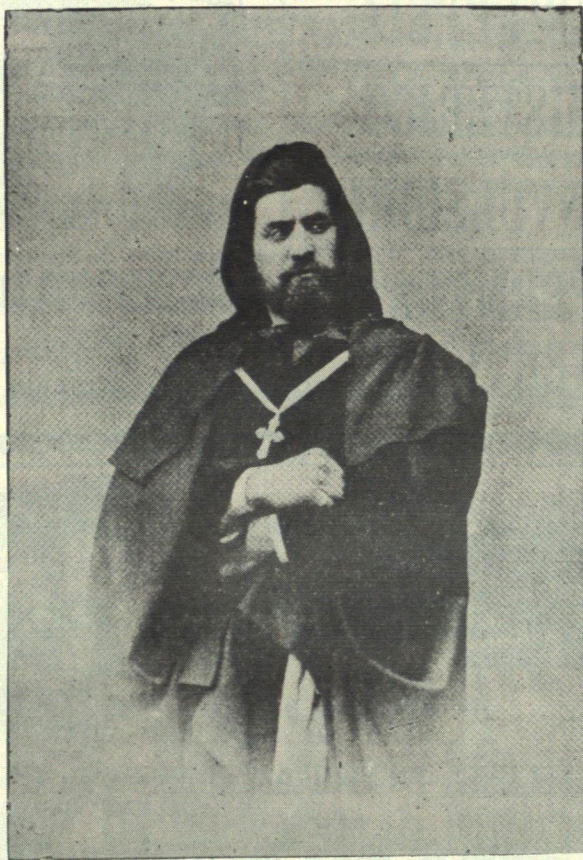
Mathurin es rico, su hija será también rica y la veremos pavoneándose en su lujo, sostenido por los sufrimientos y las lágrimas de viudas y huérfanos arruinados por su padre; y cuando ella tenga criados que la sirvan, soberbios atavíos, alhajas magníficas y succulentos manjares servidos en suntuosa mesa, mi mujer y mis hijos, ateridos de frío, extenuados por la miseria, se morirán de hambre.

—Tienes razón. Desgraciadamente no eres el único aruinado por Mathurin Raclot.

—No, no soy el único, hay lo menos diez: Morisel, Yamirel, Durand, Langlois, Mongin, los niños de Charbonnet, la viuda de Lambert, yo y los demás que me callo. Al lado de algunas fanegas de tierra había que añadir otras, después otras, y luego otras más. Para hacer su gran cercado de Noues, que pasa de cien hectáreas de prado en el mejor sitio, necesitó el cercado de los hijos de Charbonnet, el mío, el de Mongin y algunos otros; pero ¿cómo? Persiguiéndonos encarnizadamente, ahogándonos. ¡Ah, bandido!..... ¡Desdichados los que caen entre sus garras de buitre! Tiene la paciencia del gato que acecha un ratón; pero llegado el momento, arrojase sobre su presa como una bestia feroz, la oprime, arráncale el corazón y las entrañas, y la devora. El cortijo de Courant, donde fué mozo de labranza, le pertenece hoy, y la viuda de Lambert, la hija de sus antiguos amos, acaso carece de un vestido conque cubrirse. Y el miserable usurero ha comprado el castillo y dependencias de Aubécourt, habiendo personas que no se avergüenzan de llamarle señor Raclot. ¡Truenos! ¡Hay para negar la existencia de Dios! Mira, Collot, salí del país, porque estando en él hubiese hecho una barbaridad. Sí; habría cargado mi fusil como para cazar lobos, y, oculto detrás de una haya, lo hubiese esperado y muerto de un tiro.

—Entonces, querido Estanislao, hiciste bien en marcharte.

—Sí, y no obstante, ¡cuántas desdichadas víctimas claman venganza, comenzando por Celina Noirot, la mujer de Raclot! Celina no era mala, muy lejos de eso; Dios solamente sabe lo que ha sufrido;



LELIO CASINI, Barítono de la Compañía de Opera Italiana



Invalidez del joven José María Aveledo, remediada por la ciencia

MEDALLAS DE ORO
en las Exposiciones Universales de
Paris 1878-1889
Burdeos, DIPLOMA DE HONOR en la Exposición de 1882

PRUNES D'ENTE
Ciruelas Ingertas



J. FAU
Burdeos (Francia)

Se desea pasarlo bien sirva comer cada día
Ciruelas deliciosas J. FAU

EPILEPSIA
HISTÉRICO
CONVULSIONES
ENFERMEDADES
NERVIOSAS

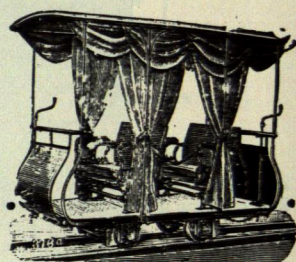
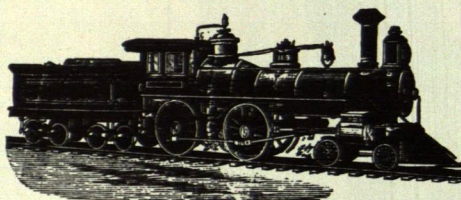
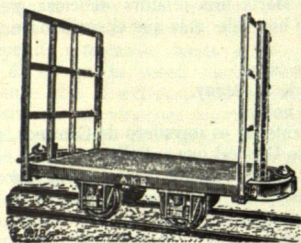


¡Curación frecuente!
¡Alivio siempre!

CON EL USO DE LA
SOLUCION ANTI-NERVIOSA
DE
Laroyenne

VENTA POR MAYOR
PARIS, 7, Boulevard Denain, 7, PARIS
FARMACIA DUREL

DEPÓSITOS EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS Y DROGUERIAS



ARTHUR KOPPEL

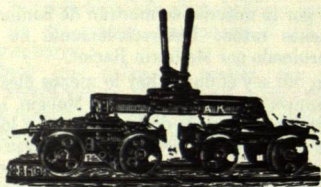
FABRICA DE FERROCARRILES PORTATILES Y FIJOS

BERLIN, BOCHUM, CAMEN

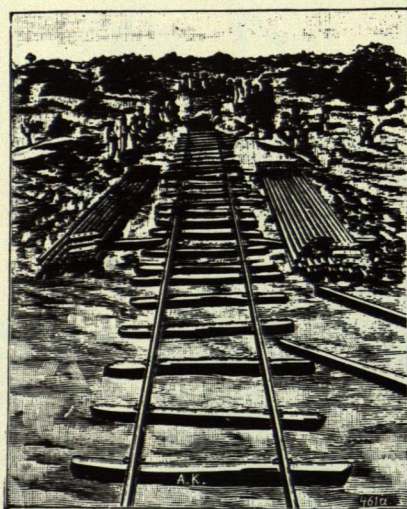
FUNDICION DE ACERO EN WOLGAST

SUCURSAL EN LAS PRINCIPALES CAPITALAS DEL MUNDO
MATERIAL

para ferrocarriles y tranvías.—Nuevo sistema de rails acanalados para tranvías.—Rails ligeros y durmientes de acero.—Cambios de vía.—Plataformas giratorias.

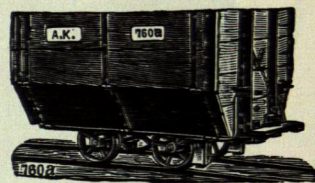


Especialidad para instalaciones
en haciendas de caña,
café y cacao



500

modelos de ruedas de acero.—Wagonetas y carros volcadores.—Coches para tranvías.—Locomotoras.—Puentes y materiales para puertos y estaciones.



Indispensable para minas,
todo género de construcciones
y grandes empresas

PRESUPUESTOS DE GASTOS Y CATALOGOS GRATIS

Exposición permanente de todo el material en miniatura, en esta sucursal:

OTTO NATHANSON

Caracas, Este 4, número 14 — (Traposos á Chorro)

Agente para Caracas y Estados limítrofes:—ALFREDO JAHN

Caracas, Balconcito al Truco, número 44.—Ingeniero para oficinas de caña y café y toda clase de maquinaria, puentes y techos de hierro.

Agentes en el Zulia y Estados contiguos:—BECKMANN Y ANDRESEN—MARACAIBO

Agentes en Valencia, Becker, Gosewisch & Ca. Sucesores.—Agentes en Barquisimeto, J. Hanser & Ca.

EDICION INTERNACIONAL
Del RETRATO de S. S. LEON XIII
 Por CHARTRAN

Este celebre retrato, es
EL ÚNICO AUTÉNTICO
 El único para el cual S. S. haya servido de modelo.
 El Papa viene representado SENTADO, con su
 vestido de recepcion.

ENCANTADO DEL PARECIDO, LEON XIII HA
 EXPRIMIDO AL ARTISTA SU DESEO DE QUE ESTE CUADRO SEA
REPRODUCIDO Y REPARTIDO EN EL MUNDO ENTERO
 y ha compuesto dos versos latinos que van reproducidos a continuación en las reproducciones:
 Grabado con ácido — Cromo-grabado — Grabado en dulce
 Cromolitografía — Fotocromia — Fototipia — Cromo litografía — Imágenes de color.

PERFUMERIA ORIZA
L. LEGRAND
 11, Place de la Madeleine, 11
PARIS

ULTIMAS CREACIONES
 Productos

DATURA INDIEN

Esencia. **DATURA INDIEN**
 Polvo de Arroz. **DATURA INDIEN**
 Jabon. **DATURA INDIEN**
 Agua de Tocador **DATURA INDIEN**
 Aceite. **DATURA INDIEN**

Sachets Oriza Solidificados
 ELEGANTES TABILLAS
16 OLORES EXQUISITOS.

EN TODAS LAS PRINCIPALES CASAS DE LA SUR-AMERICA.

Aceite de Hígado de Bacalao
 DEL
DOCTOR DUCOUX
 Iodo - Ferruginoso,
 al Quinquina y Cáscara de Naranja amarga

Los Médicos no vacilan en dar la preferencia, cuando se trata de curar las
ENFERMEDADES DE PECHO
LAS ESCRÓFULAS, EL LINFATISMO
LA ANEMIA, LA CLOROSIS, etc.,
 al ACEITE de HÍGADO de BACALAO del Dr DUCOUX,
 Iodo-Ferruginoso, al Quinquina y Cáscara de Naranja
 amarga, porque no tiene ésta preparacion ningun sabor desagradable y
 porque su composicion la hace sumamente **tónica y fortificante.**

Depósito General : 7, Boulevard Denain, en PARIS
 Se halla en todas las principales Farmacias y Droguerías del Universo.
Desconfíese de las FALSIFICACIONES é IMITACIONES

VERDADERAS PÍLDORAS del Dr BLAUD

Están empleadas con el mayor éxito desde mas de 50 años por la mayor parte de los
 Médicos Franceses y extrangeros para curar la **ANEMIA, CLOROSIS (colores palidos),**
 y facilitar el **Desarrollo de las jóvenes.**
 El hecho de estar estas Píldoras insertadas en el nuevo Codex Frances, y su eficacia reconocida
 por el Consejo de Higiene del Brazil, y su venta autorizada, nos dispensa de todo elogio.

Exíjase el nombre del Inventor gravado sobre cada Píldora como mas abajo.

DESCONFÍSE DE LAS IMITACIONES

NOTA. — Las Verdaderas Píldoras del Dr Blaud no se venden nada mas que en frascos
 y medios frascos de 200 y 100 Píldoras, pero nunca al por menor.

PARIS, 8 RUE PAYENNE. — DEPÓSITOS EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS



una mártir; su infame marido la hizo morir de pena.

— ¡Oh! es cierto.

— ¿Se sabe lo que ha sido del notario Poncelet?

— Dicen que se ha ido a vivir a París.

— Debe de ser bastante rico para eso, después de haber ayudado a Raclot en todas sus picardías. Otro bandido que, como Raclot, debiera estar en presidio. Pero no hay justicia para los criminales de esta especie. ¿Cuánto tiempo hace que el notario Poncelet ha transferido su estudio?

— Dos años.

— ¿Y los vecinos están contentos con el nuevo notario?

— Mucho, es un joven de treinta años, perteneciente a una familia de las más honradas; ha estudiado en París y sabe muy bien su obligación; es amable para con todo el mundo, y parece dispuesto siempre a practicar el bien.

— ¡Tanto mejor para el pueblo!

Los dos hombres cambiaron de conversacion.

Fácilmente se adivina el doloroso estado en que se hallaba la pobre Marta; lo que acababa de sufrir, y aún sufría, es indescriptible.

En Raucourt, pueblo anterior a Ligoux, el campesino llamado Collet se bajó de la diligencia por haber llegado a su destino.

Cuando el carruaje prosiguió su marcha, Estanislao lanzó una mirada a su compañera de viaje.

— Señora ó señorita, le dijo, probablemente vamos a ir juntos hasta Aubécourt; ¿es usted de allí cerca?

La joven no respondió, continuando con la cabeza, abrumada de tristes pensamientos, inclinada sobre el pecho.

— Está dormida, murmuró el viajero.

Arrellanóse a su gusto, alargando las piernas, apoyó la cabeza en el rincón del coche y cerró los ojos. Fué lo mejor que pudo hacer al lado de una compañera de camino que no respondía.

Al entrar en Aubécourt, Marta suplicó al ordinario que parase. Bajóse del coche y se alejó con rapidez.

— ¿Quién es esa señora? preguntó el viajero al ordinario.

— En primer lugar, señor, esa señora es una señorita, ¿no la conoce usted?

— No, no la conozco; verdad es que no he podido ver su semblante. ¿Es de Aubécourt?

— ¡Ya lo creo! Como que es la señorita Marta Raclot!

— ¡Oh! exclamó el hombre, recostándose contra la pared del carruaje.

Luego, con voz segura, murmuró entre dientes:

— Después de todo, tanto peor para ella y para su padre; no tengo que retirar ninguna palabra de lo dicho.

Cuando Marta llegó a casa era ya de noche, y esperábala su padre para comer. Notó éste que su hija tenía algo que la contrariaba, pero no se tomó el trabajo de preguntárselo.

La pobre muchacha comió poco y a la fuerza, pretextando hallarse muy fatigada del viaje.

Terminada la comida, dió las buenas noches a

su padre y se fué á su habitación. La infeliz deseaba encontrarse sola.

Ya podía dar rienda suelta á sus lágrimas y desahogarse libremente. Era la explosión de un acerbó dolor. La desdichada retorciase convulsa. ¡Qué horrible desesperación!

¡Y nada que poder invocar; nadie á quien poder llamar en su auxilio, ni á su madre ni á Dios!

Veía abrirse todo en torno de sí, y que un sombrío abismo se hallaba á sus pies.

Parecíale que su porvenir se estrechaba bruscamente y que todos los resplandores se habían extinguido.

¡Adiós encantos del amor! ¡Adiós ensueños de dicha! ¡Adiós todo!

Acostóse Marta, con el cuerpo destrozado por la fatiga y lacerada el alma; pero pudo apenas dormir, agitada constantemente por espantosas visiones.

Alrededor del castillo veía en sueños una muchedumbre de pordioseros, compuesta de mujeres, niños y ancianos cubiertos de harapos, llevando en la frente el estigma de la miseria y del sufrimiento. que vociferaban á una:

—¡Tenemos hambre! ¡Pan, pan!

Todos, grandes y chicos, amenazaban al castellano, gritando:

—¡Maldito, maldito seas, Mathurin Raclot!

VI

Llegó el día: el sol mostró sus pálidos rayos otoñales.

Marta se levantó y se vistió. Su padre había salido ya á dar una vuelta por los campos.

Ella salió á su vez y se fué á casa de su nodriza. Llevaba el semblante de una muerta y los ojos hinchados y enrojecidos por las lágrimas y el insomnio.

La pobre nodriza recibió un susto.

—Marta, hija mía, ¿qué tienes? exclamó.

La joven se precipitó en los brazos de la aldeana sollozando.

—¡Dios mío! ¿qué significa todo esto? decía la nodriza.

Y abrumaba á la joven con mil preguntas.

Marta la interrumpió bruscamente:

—Mi querida nodriza, ¿me quieres?

—¡Dios del cielo! ¡que si te quiero! ¡ya lo creo!

—¿Me quieres mucho?

—Más que á nada en el mundo.

—Bueno, si así es, no te negarás á decirme cosas que ignoro y que tú sabes.

—¿Pero qué, querida mía, qué?

—Prométeme contestar con franqueza á todas las preguntas que yo te haga.

—Pero, Marta.....

—Prométemelo.

—Responderé á todas tus preguntas.

—¿Sin ocultarme nada?

—Vamos, Marta, no comprendo. dime.....

—Quiero que no me ocultes nada.

—No te lo ocultaré.

—¿Lo prometes? ¿lo juras?

—Sí.

—Ahora, escúchame. Según el rumor público, ¿á qué cifra asciende la fortuna de mi padre?

—Unos dicen que á un millón, otros que á millón y medio; pero ya sabes que se exagera mucho.

—Entonces, sin exagerar, puede decirse que mi padre posee un millón.

—¡Caramba! Yo no puedo decírtelo.....

—Y bien, nodriza, echemos la cuenta. ¿Cuánto vale la pradera de Noues?

—Lo menos doscientos mil francos.

—¿Y el castillo de Aubécourt?

—Otro tanto.

—¿Y el cortijo de Courant?

—Pues.....otro tanto.

—¿Y los bosques de Raucourt y de Ligoux?

—Pues bien, cuenta doscientos mil francos más.

—Nodriza, ya tenemos ochocientos mil francos; si les añadimos el valor aproximado de la quinta de Treilles, de la de los Bosquets, de las viñas, del cercado de la Hourie y de otras varias posesiones de menor importancia, reuniremos otros doscientos mil francos, y tendremos un millón. Veamos además: del modo que mi padre vive, hace muchas economías, y como lleva algún tiempo que no compra nada, debe tener en casa una importante cantidad. ¿Quién sabe si el medio millón que se dice!

—¡Dios mío! ¡qué pronto lo encuentras todo! Es exacto, completamente exacto.

La joven hablaba con volubilidad nerviosa; tenía fiebre.

—Pero, repuso, no hablemos más que de lo que está á la vista; ya tenemos el millón.

—Sí, ya lo tenemos.

—Cuando se casó con mi madre, hace veintitantos años, mi padre sólo era un mozo de labranza.

—Es verdad.

—Llaman rico labrador al que posee tierras por valor de ciento á ciento cincuenta mil francos.

—¡Oh! Hay pocos de esos en la comarca.

—Sea; pero tomemos por ejemplo al más rico de Aubécourt. ¿Cuánto tiempo emplearía, trabajando mucho, haciendo economías y teniendo suerte, en hacerse millonario?

—¿Cuánto tiempo? Pues toda su vida y la de diez más.

La joven ahogó un suspiro y se pasó con rapidez la mano por la frente bañada en sudor.

—Y mi padre, dijo articulando lentamente las palabras, que no poseía ni una parcela de tierra hace veinticinco años, tiene hoy un millón. ¿Cómo, pues, ha podido reunir tan respetable suma?

La pobre mujer permaneció un instante desconcertada.

—Te diré, hija mía, balbuceó. En primer lugar, el señor Raclot no ha sido nunca un hombre como los demás; dedicábase exclusivamente al trabajo. ¡Oh! ¡Tu madre y él han trabajado muchísimo!

Marta replicó con viveza:

—Aun ya rico, no se junta un millón cultivando la tierra; acabas de decirme lo.

—Sin duda, hija mía; pero no ignoras que tu madre tuvo una herencia.

—¡Ah! La herencia de la tía Bertrand; ¿á cuánto ascendía esa herencia?

—A doscientos cincuenta mil francos en dinero.

—Muy lejos del millón, por cierto.

—Sí, Marta; pero tu padre ha comprado mucho, y siempre en buenas condiciones.

—Ahora hablemos de esas compras de mi padre. Recuerdo haber oído decir que la tía Bertrand tenía un hermano en París.

—Efectivamente.

—Este hermano, que no conozco, que jamás he visto, de quien nunca me ha hablado mi madre, y que tal vez haya muerto, ¿no tenía varios hijos?

—Cinco, Marta, según de público se decía.

—El tío de mi madre y sus hijos, ¿han heredado como ella?

—No: la tía de tu madre se lo ha dejado todo á ésta.

—¿Desheredando á su hermano?

—Sí.

—¿Tenía bienes ese hermano?

—Muy por el contrario, era pobrísimo el desgraciado.

—Y teniendo cinco hijos su hermana lo ha desheredado! balbuceó amargamente la joven.

Adivinaba el odioso papel que su padre había desempeñado en el asunto de la herencia.

Quedóse silenciosa un momento, y luego dijo:

—Nodriza, ¿ha hecho mi padre dichosa á mi madre?

—No mucho, Marta, no mucho, respondió la pobre mujer, que aún no comprendía á dónde iba á parar la muchacha con todas sus preguntas.

Esta, acordándose de las palabras del viajero Estanislao, pensó:

—Tenía razón; mi pobre madre ha muerto de pena.

Y añadió en voz alta:

—Nodriza, según me han dicho en otras ocasiones, parece que yo no habría vivido si no hubiera sido por tí.

—Yo, querida mía, no diré tanto; pero hay que confesar que veniste al mundo bien delicada y endeblucha.

—¿Se te ha recompensado de todos los cuidados que me prodigaste?

—Nada tengo que reclamar, porque he recibido con puntualidad lo tratado, y además, de vez en cuando, á hurtadillas de tu padre, tu madre me hacía objeto de ciertas atenciones.

—De modo que, para ser buena, mi madre necesitaba ocultarse de mi padre. ¿Es avaro y duro con los que lo necesitan?

—Marta, tu padre es duro para sí propio. ¡Dios me libre de decir á su hija algo desagradable sobre el señor Raclot!

—Sin embargo, es preciso que yo sepa por tí lo que se piensa de él en la comarca.

—¡Ah, Marta, Marta! dijo la aldeana con cierto espanto.

—Nodriza, recuerda que me has jurado responder á mis preguntas sin ocultarme nada.

—Pero, hija mía.....

—¡Bah! Ya sé muchas cosas.

—¡Oh!

—¿Se que mi padre es execrado por todo el mundo, que lo tratan de miserable, de infame, de bandido.

—¡Ay! suspiró la nodriza bajando la cabeza.

—¿Se que mi padre está maldecido, y que la maldición que sobre él pesa recae en su hija.

—Marta, Marta, tú no has hecho nada: tú eres un ángel!

—Yo, replicó la joven con tono desgarrador, soy la hija de mi padre; por eso causo miedo á todo el mundo, que me mira de reojo; por eso no tengo ni una amiga en Aubécourt, y huyen de mí todos como de un apestado.

Y, al concluir estas palabras, la pobre muchacha no pudo contener el llanto.

—¡Dios mío, Dios mío! gemía la aldeana.

La joven enjugó su llanto, reprimió sus sollozos, y, recobrando la energía perdida, prosiguió:

—Dime cómo mi padre, después de haber sido mozo de labranza en el cortijo de Courant, ha llegado á ser propietario.

—¡Marta, hija mía! le suplico.....

—¡Quiero saberlo! dijo la joven con tono de mandado.

—No te enfades, Marta. Pues que lo exiges, voy sólo á referirte lo que dicen las gentes. Lambert se había casado con una de las hijas del cortijero Michaud. Después de muerto éste, repartieron los bienes entre sus cuatro hijos. Lambert se quedó en el cortijo, pero tenía que pagar á los otros una gran cantidad. Precisábase, pues, tomar prestado; y se dirigió al señor Ponzelet, notario. No fué en busca de tu padre, bien que supiese que le podía prestar dinero, á causa de constarle que no se lo prestaría sino mediante intereses muy crecidos. El Notario tenía siempre dinero en caja y prestaba á quien lo necesitase, si tenía con qué responder. Era aquel dinero, según decía, de sus clientes, que se lo confiaban; pero en realidad, pertenecía todo al señor Raclot de quien el Notario era agente. Casi nunca aparecía el nombre de tu padre en las escrituras hipotecarias, porque el Notario disponía de hombres al efecto. Lambert confesó haber tomado setenta mil francos; mas en realidad sólo tomó cincuenta mil. Como ves, no fué mejor tratado por el Notario que lo hubiese sido por el señor Raclot. Debía reintegrar en seis años la suma tomada, pagando cada año el interés de 5 por 100 sobre la referida suma de los setenta mil francos.

—¡Eso es horrible! murmuró la joven con voz ahogada.

—Desgraciadamente, continuó la aldeana, el pobre Lambert sufrió toda clase de desgracias: un año el granizo destruyó sus cosechas; al siguiente, un incendio devoró sus granjas y graneros, y, para colmo de desdichas, la muerte desalojó sus cuadras.

El pobre hombre, que había contado con sus cosechas y con la venta de sus bestias para pagar los intereses del dinero, que debía reintegrar al cabo de seis años, no sólo no pudo pagarlos, sino que tuvo que dirigirse otra vez al Notario, quien sin dificultad prestóle, en las condiciones sabidas, las sumas necesarias para continuar la explotación de su cortijo. Comenzaba á rehacerse un poco, y esperaba llegar con el tiempo á reparar tanto desastre, cuando lo arrebató la muerte de repente.

—¡Pobre infeliz! exclamó Marta. ¿Quién sabe si su terrible deuda habrá precipitado sus días!

—Háse dicho, hija mía, pero ya sabes que se dicen tantas cosas.....

—Continúa, nodriza, continúa.

Aún no se había repuesto la mujer de Lambert del golpe sufrido, cuando se vió precisada á devolver en corto plazo la suma de ciento veinte mil francos, prestada á su marido y aumentada con los intereses capitalizados. Érale imposible, naturalmente. Entonces, mezclóse la justicia y se apoderó de los bienes, que, finalmente, fueron vendidos.

—¿En cuánto se vendió el Courant?

—En ciento treinta mil francos; apenas la mitad de su valor.

—¿De modo que mi padre se hizo dueño de él por unos ochenta mil francos?

Continuará.